

JOHN CRUMP

小
夏
学
月
谊
愉
时



ΕΛ
ΝΟΝΙΜΙΕΝΤΟ
ΑΛΤΡΟΚΙΣΤΑ
ΕΛ
ΝΑΡΟΛ

¡Anarquistas en Japón! Para muchos la sola idea es sorprendente. La imagen popular de Japón es la de una sociedad jerárquica y regimentada, mientras que los japoneses son ampliamente considerados como servidores inquebrantables de la empresa y el Estado. Incluso dentro de Japón hay muchos japoneses que desconocen la existencia del movimiento anarquista, de los mártires que han muerto por la causa y de la lucha sostenida que se ha librado contra el Estado capitalista y la inhumanidad que ha perpetrado a lo largo de los años.

Además de ser un ejemplo inspirador de lucha contra un poderoso estado autoritario, esta historia del anarquismo japonés es también de gran valor al proporcionar un ejemplo del desarrollo de la teoría anarquista. Los claros y contundentes argumentos contra el reformismo de los sindicatos y la socialdemocracia siguen siendo relevantes hoy en día, al igual que la crítica al bolchevismo, que revela su inherente naturaleza jerárquica en contradicción con las repetidas afirmaciones de los trotskistas de que sólo degeneró bajo Stalin. También sirve como lección histórica sobre la inutilidad de recurrir al terrorismo cuando se enfrenta a la represión estatal, y sobre el peligro de las tendencias antiorganizativas.

The anarchist movement in Japan



John Crump

感情移入



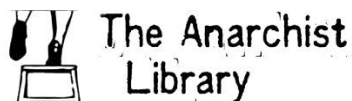
Anarchist Federation

John Crump

EL MOVIMIENTO ANARQUISTA EN JAPÓN

1906-1996

De: Anarchist Communist Editions ACE Pamphlet No. 8. Paper edition printed by Pirate Press (Autumn 1996). This Electronic Edition (Summer 1998)



Difundido por The Anarchist Library:

<https://theanarchistlibrary.org/library/john-crump-the-anarchist-movement-in-japan-1906-1996>

Traducción adaptada de Libértame:

<https://libertamen.wordpress.com/2022/05/14/el-movimiento-anarquista-en-japon-1906-1996-1996-john-crump/>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio del ACF

Nota del autor

Capítulo 1: 1906-1911

- Antecedentes históricos y económicos
- Kôtoku Shûsui y el surgimiento del anarquismo japonés
- «Influencias «americanas
- El regreso de Kôtoku y la organización de los anarquistas en Japón
- El aumento de la represión

Capítulo 2: 1912-1936

- Fin del «Período de Invierno»
- El anarquismo frente al bolchevismo
- La muerte de Ôsugi y nuevos intentos de terrorismo
- El resurgimiento del comunismo anarquista
- La escisión
- La muerte del movimiento anarquista de preguerra

Capítulo 3: De 1945 a la actualidad

Bibliografía selecta

PREFACIO DEL ACF

La Federación Comunista Anarquista (Anarchist Communist Federation) ha decidido reimprimir el folleto de John Crump *El movimiento anarquista en Japón* (que es un resumen de su libro *Hatta Shūzō and Pure Anarchism in Interwar Japan* [Hatta Shūzō y el anarquismo puro en el Japón de entreguerras]) por varias razones.

Una de ellas es como tributo a la continua lucha del movimiento libertario en Japón, trayendo a la atención de los camaradas de habla inglesa lo que desafortunadamente es una parte poco conocida de la lucha global por una sociedad libre e igualitaria. Esperamos que esto sea un punto de partida para una mayor comprensión de una valiosa tradición de comunismo antiautoritario y que pueda conducir a una mayor cooperación con los anarquistas

japoneses de hoy, en el camino hacia un movimiento anarquista verdaderamente mundial.

Además de ser un ejemplo inspirador de lucha contra un poderoso estado autoritario, esta historia del anarquismo japonés es también de gran valor al proporcionar un ejemplo del desarrollo de la teoría anarquista. Los claros y contundentes argumentos contra el reformismo de los sindicatos y la socialdemocracia siguen siendo relevantes hoy en día, al igual que la crítica al bolchevismo, que revela su inherente naturaleza jerárquica en contradicción con las repetidas afirmaciones de los trotskistas de que sólo degeneró bajo Stalin. También sirve como lección histórica sobre la inutilidad de recurrir al terrorismo cuando se enfrenta a la represión estatal, y sobre el peligro de las tendencias antiorganizativas.

Aún más importante para los anarquistas de hoy es el registro del debate entre los anarcosindicalistas y los comunistas anarquistas del movimiento. Mientras que en la ACF tenemos críticas sobre algunas de las posiciones tomadas por los comunistas anarquistas en Japón en diferentes periodos, como la formación de un partido, el trabajo dentro de la estructura sindical, la distinción entre la lucha de clases y la insurrección, así como su visión de cómo se organizará la futura sociedad anarquista, creemos que el rechazo del sindicalismo como estrategia para la revolución social es correcto, particularmente por la razón de que sólo puede duplicar la estructura económica del capitalismo.

No pretendemos ofrecer en este breve prefacio un análisis en profundidad de estas o de las muchas otras cuestiones importantes planteadas por el movimiento japonés. El folleto habla por sí mismo, y como suele ocurrir con la literatura anarquista oportuna, su éxito será juzgado por su influencia en la actividad práctica de los militantes de la clase obrera de hoy.

Anarchist Communist Federation,
verano de 1996

Dedicatoria del autor:

Este folleto está dedicado a Ôshima Eizaburô, cuya pasión intacta por el comunismo anarquista, a pesar de su avanzada edad, es una inspiración para muchos compañeros más jóvenes.

Y no sólo eso, sino que es de aquellos que pueden animar una conversación que flaquea con el comentario casual: «Hice estallar una bomba de humo en el palacio imperial...»

Ôshima-san puede.

NOTA DEL AUTOR

Los nombres japoneses se dan en la forma habitual de Asia Oriental, es decir, el nombre de la familia (por ejemplo, Kôtoku) seguido del nombre personal (por ejemplo, Shûsui). Las vocales largas en las palabras japonesas se indican con acentos (por ejemplo, ô).

Capítulo 1

1906-1911

¡Anarquistas en Japón! Para muchos la sola idea es sorprendente. La imagen popular de Japón es la de una sociedad jerárquica y regimentada, mientras que los japoneses son ampliamente considerados como servidores inquebrantables de la empresa y el Estado. Incluso dentro de Japón hay muchos japoneses que desconocen la existencia del movimiento anarquista, de los mártires que han muerto por la causa y de la lucha sostenida que se ha librado contra el Estado capitalista y la inhumanidad que ha perpetrado a lo largo de los años. No hace mucho tiempo, una joven japonesa que casualmente estudiaba en una universidad estadounidense me escribió pidiendo información sobre el movimiento anarquista en Japón después de haber leído uno de mis artículos en el Boletín de Investigación Anarquista. El hecho de que descubriera el movimiento anarquista sólo después de salir de Japón es un buen ejemplo de hasta qué

punto la existencia del anarquismo japonés ha sido omitida del registro histórico patrocinado oficialmente, filtrada del plan de estudios e ignorada por los medios de comunicación.

Antecedentes históricos y económicos

Por supuesto, hay un elemento de verdad (aunque unilateral) en la imagen popular de Japón y los japoneses. Esto tiene mucho que ver con la forma en que Japón se modernizó en los años de gran agitación social que siguieron a 1868. En 1868 el poder había caído en manos de un estrecho círculo de jóvenes samuráis que estaban decididos a hacer de Japón un país rico y militarmente fuerte. Para lograrlo, se proponían crear un Estado altamente centralizado, una economía industrializada y un imperio de ultramar que compensara la falta de materias primas de Japón. Eran objetivos ambiciosos para lo que en aquel momento era todavía un país pequeño, débil y atrasado, al borde de la civilización mundial. Para hacer realidad estas ambiciones había que convencer al pueblo japonés, en parte persuadirlo y en parte amenazarlo, para que antepusiera los intereses del Estado a los suyos propios, y alimentar una ideología de orgullo nacional y servicio al Emperador.

Durante muchos años después de 1868, el grueso de la población siguió siendo campesina, trabajando la tierra. La agricultura era la base de la economía, ya que las industrias sólo podían establecerse exprimiendo la riqueza de los campesinos y canalizándola hacia las fábricas, los astilleros y las minas que se creaban con el fomento del Estado. Para lograr esta transferencia de riqueza del sector agrícola de la economía a las industrias en desarrollo, se impuso un fuerte impuesto sobre la tierra. Uno de sus efectos fue que muchos campesinos que no podían pagar sus impuestos se vieron obligados a vender sus tierras y convertirse en arrendatarios. De una sociedad compuesta principalmente por familias campesinas dedicadas a la agricultura intensiva de pequeñas parcelas de tierra de su propiedad, Japón se transformó en una sociedad en la que la mayor parte de la tierra era trabajada por arrendatarios que entregaban normalmente la mitad de sus cosechas en forma de alquiler a propietarios a menudo ausentes. A medida que las condiciones de la población agrícola se deterioraban de esta manera, algunos cortaron sus vínculos con la tierra, se trasladaron a las ciudades y buscaron trabajo en las empresas industriales y comerciales que proliferaban.

Fue entre esta clase obrera emergente donde se produjeron los primeros intentos de organizar sindicatos a finales del siglo XIX, pero el Estado reaccionó rápidamente introduciendo en 1900 una «ley de policía de la paz pública»

que prohibía de hecho todas las organizaciones de trabajadores y, por supuesto, las huelgas.

Los campesinos no sólo fueron durante muchos años la columna vertebral de la economía, sino que también fueron el pilar del considerable ejército de reclutas que el nuevo Estado estableció rápidamente. Los años de formación del campesino medio o de la clase obrera se pasaron moldeando y disciplinando, primero en la escuela primaria y después en el ejército. El pronunciamiento del Emperador del 30 de octubre de 1890, conocido como el Rescripto Imperial sobre la Educación, transmite bien las creencias que las autoridades intentaban implantar en las mentes de los jóvenes. Decía en parte:

Respetad siempre la Constitución y observad las leyes; en caso de emergencia, ofreced valerosamente al Estado; y así guardad y mantened la prosperidad de Nuestro Trono Imperial coetáneo con el cielo y la tierra. Así no sólo seréis nuestros buenos y fieles súbditos, sino que haréis ilustres las mejores tradiciones de vuestros antepasados¹.

Las niñas campesinas y de la clase trabajadora se libraron en parte de este lavado de cerebro organizado, en parte porque era más probable que se las mantuviera fuera de la

1 Borton (1970) p. 205.

escuela que a sus hermanos para que ayudaran en casa incluso durante los pocos años de educación obligatoria. Sin embargo, el peso de la convención también pesaba sobre las jóvenes, ya que se les instaba a convertirse en «una buena esposa y una madre sabia» y se les enseñaba desde muy temprana edad que el destino de una mujer es obedecer a los tres hombres de su vida: su padre en su juventud, su marido en la flor de la vida y su hijo mayor en la vejez.

No es de extrañar que, a pesar de que los dirigentes del Estado lograron la mayoría de sus objetivos de convertir a Japón en un país más rico y poderoso, y a pesar de que la mayoría de los hombres y mujeres japoneses se ajustaron a los roles que se les prescribían, algunos individuos valientes se resistieron a la tendencia de la época. Además, precisamente porque Japón era una sociedad tan sumamente conformista, la reacción contra el conformismo era aún más intensa cuando se producía, ya que las exigencias de obediencia y lealtad absolutas del Estado dejaban poco margen para el compromiso, las medias tintas liberales o la vía de escape de la excentricidad. Las principales estructuras del Estado moderno japonés se establecieron a finales del siglo XIX y los opositores al régimen se inclinaron primero por las ideologías occidentales, como el cristianismo y la socialdemocracia, en la creencia de que ofrecían modelos alternativos y más humanos para la modernización. Lo que puso de manifiesto las insuficiencias tanto del cristianismo como de la

socialdemocracia fue la primera gran guerra de Japón en el siglo XX, la guerra ruso-japonesa de 1904-5. A pesar de su naturaleza inequívocamente imperialista, muchos cristianos japoneses estaban dispuestos a apoyar esta guerra como medio de congraciarse con el Estado, mientras que muchos socialdemócratas de todo el mundo estaban a favor de una victoria japonesa, con el argumento de que esto precipitaría la revolución en Rusia. Aquellos que estaban decididos a resistir tanto al Estado como a la guerra se dirigieron a otros lugares en busca de inspiración política y, al hacerlo, sentaron las bases del movimiento anarquista japonés.

Kôtoku Shûsui y el surgimiento del anarquismo japonés

Kôtoku Shûsui desempeñó un papel fundamental en la introducción del anarquismo en Japón². Nació en 1871 en la ciudad provincial de Nakamura, en la prefectura de Kôchi, a unos 700 kilómetros al oeste de Tôkyô. Incluso hoy en día, si se visita Nakamura, se puede comprobar que su tumba está bien cuidada y es una buena prueba de que sigue siendo un lugar que la gente visita para reconocer sus deudas intelectuales y políticas con Kôtoku. Tras trasladarse a Tôkyô en la mitad de su adolescencia, Kôtoku se convirtió en

² Véase Notehelfer (1971)

periodista en 1893 y desde 1898 fue un popular columnista del diario más radical de la época, el *Every Morning News* (Yorozu Chôhô). Desde el punto de vista político, Kôtoku pasó del liberalismo que le atraía inicialmente a la socialdemocracia, y formó parte de un pequeño grupo que intentó organizar un Partido Socialdemócrata en Tôkyô en mayo de 1901, pero que fue inmediatamente prohibido por el gobierno.



Kôtoku Shûsui

Kôtoku era un hombre de gran integridad y valentía, que se aferraba a sus principios, por muy dolorosas o peligrosas que fueran las consecuencias. A medida que se acercaba la guerra con Rusia, el periódico liberal *Every Morning News*, hasta entonces contrario a la guerra, se alineó con la opinión orquestada por el gobierno y se volvió cada vez más beligerante. Kôtoku se negó a seguir la nueva línea del periódico y optó por dimitir del trabajo que hasta entonces le había proporcionado unos ingresos estables y una «voz» en la sociedad respetable. Junto con otro periodista de *Every Morning News*, llamado Sakai Toshihiko, dio el arriesgado paso de lanzar un diario abiertamente antibélico en una época de militarismo cada vez más histérico. Se trataba del semanario «Common People's Newspaper» (Periódico de la Gente común, Heimin Shinbun), cuyo primer número apareció en noviembre de 1903 y que luchó valientemente contra el gobierno belicista hasta que se vio obligado a desaparecer en enero de 1905. A lo largo de su breve existencia, los editores y periodistas del *Periódico de la Gente Común* fueron repetidamente perseguidos, multados y encarcelados por infringir las asfixiantes leyes de prensa, y en febrero de 1905 Kôtoku empezó a cumplir una condena de cinco meses de cárcel por uno de esos delitos.

El *Periódico de la gente* no era una revista anarquista. Su razón de ser era la oposición a la guerra y, en la medida en que sus partidarios tenían otras opiniones políticas comunes, éstas eran en gran medida socialdemócratas. Por

supuesto, este era un periodo en el que el partido socialdemócrata más influyente del mundo era el SPD alemán. Ser «marxista» en esta época, antes de la Revolución Rusa, no significaba ser leninista, sino compartir la perspectiva política de Kautsky, Bernstein y los demás dirigentes del SPD. Cuando Kôtoku y otros intentaron fundar el Partido Socialdemócrata Japonés (Shakai Minshutô) en 1901, optaron por un programa de reformas políticas parecido al del SPD, e influencias similares actuaron sobre Kôtoku y Sakai cuando tradujeron conjuntamente *El Manifiesto Comunista* de Marx y Engels y lo publicaron en el *Periódico de la Gente* en noviembre de 1904. Esta fue la primera traducción al japonés de *El Manifiesto Comunista* y no sólo se prohibió la venta del número del Periódico del Pueblo Común que lo publicó, sino que Kôtoku y Sakai fueron multados.

Después de que Kôtoku saliera en julio de 1905 de los cinco meses que había pasado en prisión, afirmó que «había ido [a la cárcel] como socialista marxiano y había regresado como anarquista radical»³. De hecho, el cambio en sus opiniones políticas fue menos claro de lo que esto sugiere, pero no cabe duda de que sus ideas se movían en una dirección anarquista. Durante su estancia en la cárcel, Kôtoku había leído *Campos, fábricas y talleres*, de Kropotkin, y también había reflexionado largamente sobre la posición del emperador en la sociedad japonesa. Al igual que el SPD

3 Shiota (1965) p. 433.

alemán, los socialdemócratas japoneses guardaron en gran medida silencio sobre la institución imperial. En el peor de los casos, esto se debía a que algunos de ellos consideraban que la socialdemocracia era una mera cuestión de instalar un nuevo gobierno, pero que por lo demás dejaban las bases de la sociedad japonesa (desde la casa imperial hasta el sistema salarial) sin cambios. En el mejor de los casos, los socialdemócratas más radicales consideraban prudente ignorar al Emperador y dejar la resolución de este problema para el futuro. Sin embargo, Kôtoku era cada vez más consciente de hasta qué punto el Emperador era el eje tanto de la ideología como de la maquinaria del Estado, que juntos mantenían el capitalismo en Japón.

Con esta creciente conciencia de que el capitalismo y el Estado sólo podrían acabarse en Japón si se abolía también la institución del Emperador, Kôtoku decidió, tras su salida de la cárcel, alejarse de Japón durante un tiempo para poder «criticar libremente la posición de ‘Su Majestad’ y las instituciones políticas y económicas desde una tierra extranjera donde la perniciosa mano de ‘Su Majestad’ no pueda llegar»⁴. Con esta mentalidad, Kôtoku abandonó Japón en noviembre de 1905 para pasar seis meses en Estados Unidos. Como material de lectura para el largo viaje

4 *Ibidem*, p. 434. (El inglés defectuoso de Kôtoku en esta carta a un anarquista estadounidense ha sido corregido sin alterar su significado).

por mar, se llevó las *Memorias de un Revolucionario* de Kropotkin.

«Influencias americanas»

Kôtoku permaneció en EE.UU. (principalmente en California) hasta junio de 1906 y absorbió muchas influencias que resultaron cruciales no sólo para él, sino para el anarquismo japonés en su conjunto. En primer lugar, estaba el comunismo anarquista defendido por Kropotkin y otros. Kôtoku comenzó a mantener correspondencia con Kropotkin durante su estancia en EE.UU., pero también estuvo expuesto a las ideas comunistas anarquistas de muchas otras partes, ya que se relacionó con los numerosos activistas políticos de California que sostenían tales opiniones en los primeros años de este siglo. La influencia anarcocomunista que ejerció Kôtoku (y a través de él, el movimiento en Japón) se simboliza mejor en la que muchos consideran la obra cumbre de Kropotkin, *La conquista del pan*. Kôtoku adquirió un ejemplar de este libro traducido al inglés durante su estancia en EE.UU. y comenzó a traducirlo a su regreso a Japón. Finalmente, en marzo de 1909 se publicó una edición clandestina de mil ejemplares que se distribuyó ampliamente entre estudiantes y trabajadores.

La segunda influencia importante fue el sindicalismo, en parte en forma de la recién creada Industrial Workers of the World (IWW), que se había organizado en Chicago en junio de 1905, y en parte como folletos y artículos sobre el movimiento sindicalista europeo, que se podían conseguir fácilmente en California. Sabemos que poco después de que Kôtoku llegara a San Francisco, tres miembros de la IWW le llamaron y le invitaron a hablar en una de sus reuniones⁵. En cuanto al sindicalismo europeo, el folleto del anarquista alemán *Siegfried Nacht* (La huelga general social) se había publicado en inglés con el seudónimo «Arnold Roller» en Chicago en junio de 1905, coincidiendo con la conferencia de fundación de la IWW. De nuevo, Kôtoku obtuvo una copia de este folleto y lo tradujo al japonés a su regreso de EEUU. En 1907 se publicó clandestinamente, con el inocente título de *El futuro de la organización económica*, para despistar a las autoridades. Una vez más, logró una difusión nacional entre los militantes políticos.

La tercera influencia importante fue el terrorismo político, que afectó a Kôtoku y a otros no tanto por fuentes anarquistas como por el ejemplo del Partido Social Revolucionario Ruso (los eseristas), cuya «organización de lucha» había llevado a cabo numerosos asesinatos de funcionarios zaristas. Las hazañas de los eseristas eran ampliamente conocidas incluso en Estados Unidos y eran muy admiradas por los activistas políticos con los que Kôtoku

⁵ Hikari (20 de enero de 1906) p. 6.

entró en contacto en California. Poco antes de que Kôtoku regresara a Japón, más de 50 inmigrantes japoneses (de los más de 70.000 que se habían establecido en la costa oeste) se reunieron en Oakland, California, el 1 de junio de 1906 para fundar un Partido Social Revolucionario (Shakai Kakumeitô en japonés).

Este Partido Social Revolucionario carecía de recursos para mantener una actividad organizada durante mucho tiempo, pero durante 1906-7 publicó varios números de una revista llamada *Revolución* (Kakumei), cuyo contenido era revelador. *Revolución* declaraba que «el reformismo y la política parlamentaria» eran «como tratar de combatir un fuego voraz con la pistola de agua de un niño». Como alternativa, creía que el único medio eficaz para la revolución era la violencia armada:

El único medio es la bomba. El medio por el que se puede financiar la revolución también es la bomba. El medio para destruir a la clase burguesa es la bomba⁶.

Revolución también describió al Emperador japonés como «una herramienta controlada por la actual clase dominante con el fin de esclavizar a las masas»⁷. En el cumpleaños del Emperador, el 3 de noviembre de 1907, algunos de los asociados al Partido Social Revolucionario publicaron en

⁶ Suzuki (1964) p. 467.

⁷ *Ibíd.*, p. 478.

EEUU un folleto titulado «Terrorismo» (Ansatsushugi) que amenazaba con un asalto armado al Emperador. Dirigiéndose al Emperador por su nombre personal de Mutsuhito, el folleto terminaba con las palabras:

¡Mutsuhito, pobre Mutsuhito! Tu vida está casi al final. Las bombas te rodean y están a punto de explotar. Es un adiós para ti⁸.

La noticia de la distribución de este folleto en los EE.UU. se transmitió a Japón y causó sensación en los círculos gobernantes. Los indignados funcionarios no podían creer que un japonés se atreviera a dirigirse al supuestamente sagrado Emperador de esa manera y prometieron vengarse cuando se presentara la oportunidad. Unos tres años más tarde iban a tener su oportunidad.

El regreso de Kôtoku y la organización de los anarquistas en Japón

Tan pronto como Kôtoku regresó de los EE.UU., se organizó una gran reunión pública en Tôkyô para darle la bienvenida y ofrecerle la oportunidad de informar sobre el desarrollo de sus ideas durante su estancia en América. En esta reunión,

⁸ Suplemento de Suzuki (1964).

celebrada el 28 de junio de 1906, Kôtoku habló sobre «La marea del movimiento revolucionario mundial», que, según afirmó, fluía en contra del parlamentarismo y a favor de la huelga general como «medio para la futura revolución»⁹. El más conocido de estos artículos fue «El cambio en mi pensamiento (sobre el sufragio universal)», publicado el 5 de febrero de 1907. Unos pocos extractos de este extenso artículo nos permitirán comprender hasta qué punto había cambiado la perspectiva política de Kôtoku:

Quiero hacer una confesión sincera. Mis opiniones sobre los métodos y la política que debe adoptar el movimiento socialista empezaron a cambiar un poco desde que entré en prisión hace un par de años. Luego, durante mis viajes del año pasado, cambiaron drásticamente. Si recuerdo cómo era yo hace unos años, tengo la sensación de que ahora soy casi como una persona diferente.

...Si tuviera que resumir la forma en que pienso ahora, sería del siguiente modo: «No es posible lograr una verdadera revolución social mediante el sufragio universal y una política parlamentaria. No hay otra forma de alcanzar nuestra meta del socialismo que la acción directa de los trabajadores, unidos como uno solo».

⁹ Hikari (5 de julio de 1906) p. 1.

...Antes sólo escuchaba las teorías de los socialistas alemanes y de los de la misma corriente y hacía demasiado hincapié en la eficacia de los votos y del parlamento. Solía pensar: «Si se consigue el sufragio universal, seguramente la mayoría de nuestros compañeros serán elegidos. Y si la mayoría de los escaños del parlamento están ocupados por nuestros camaradas, entonces el socialismo podrá ponerse en práctica mediante una resolución parlamentaria.» Es cierto, por supuesto, que yo reconocía al mismo tiempo la urgente necesidad de la solidaridad obrera, pero aun así creía que al menos la primera prioridad para el movimiento social en Japón era el sufragio universal. Mis discursos y artículos estaban llenos de esto, pero ahora pienso que es una idea extremadamente infantil e ingenua.

...Lo que la clase obrera necesita no es la conquista del poder político, es la «conquista del pan». No se trata de leyes, sino de comida y ropa. De ahí se deduce que el parlamento no tiene casi ninguna utilidad para la clase obrera. Supongamos que llegamos a poner nuestra fe y confianza simplemente en cosas como la introducción de un párrafo en una ley parlamentaria aquí o la revisión de varias cláusulas en algún proyecto de ley allí. En ese caso, podríamos conseguir nuestros objetivos simplemente depositando nuestra confianza en los defensores de la reforma social y en los socialistas de Estado. Pero si en lugar de esto lo que queremos es llevar a cabo una

auténtica revolución social y mejorar y mantener el nivel de vida real de la clase obrera, debemos concentrar todos nuestros esfuerzos no en el poder parlamentario, sino en el desarrollo de la solidaridad obrera. Y también los propios trabajadores deben estar dispuestos a no depender de criaturas como los diputados y los políticos burgueses, sino a alcanzar sus objetivos por medio de su propio poder y su propia acción directa. Repito: lo último que deben hacer los trabajadores es confiar en los votos y en los diputados.

...Espero que a partir de ahora nuestro movimiento socialista en Japón abandone su compromiso con la política parlamentaria y adopte como método y política la acción directa de los trabajadores unidos como uno solo¹⁰.

Las nuevas ideas de Kôtoku sorprendieron a sus camaradas. La mayoría estaban acostumbrados a aceptar la seguridad del SPD de que su doctrina representaba las fuerzas de la razón, el progreso y el buen orden dentro de la sociedad, mientras que la misma fuente les había enseñado que el anarquismo era una reacción primitiva y caótica a la represión política, que no tenía nada en común con el «socialismo científico». Sin embargo, aquí estaba el socialista más conocido e intelectualmente más consumado

10 Nikkan Heimin Shinbun (5 de febrero de 1907) p. 1. (Una traducción completa de este artículo aparece en Crump [1983] pp. 341-51).

de su época desafiando las enseñanzas del SPD y argumentando de forma coherente y persuasiva a favor del anarquismo. Algunos socialdemócratas japoneses se resistieron a la nueva corriente de pensamiento. Por ejemplo, en septiembre de 1907, Katayama Sen, pionero de las ideas socialdemócratas y laboristas en Japón y que en años posteriores se convirtió en uno de los «yes-men» de Stalin en la Comintern (hay una placa conmemorativa en el muro del Kremlin en Moscú), rechazó con desprecio el anarquismo de Kôtoku de la siguiente manera:

El movimiento socialista de Japón está un poco paralizado y obstaculizado a causa de los puntos de vista anarquistas sostenidos por algunos que profesan ser... socialistas y tienen cierta influencia entre sus camaradas. Los que se han pasado al anarquismo se oponen a la táctica legislativa y parlamentaria y al movimiento político, y predicán la llamada acción directa o la huelga general revolucionaria o destructiva. Lamentamos que algunos de nuestros mejores camaradas se hayan pasado a estos puntos de vista y ya no estén con nosotros...¹¹.

Katayama tenía razón en un aspecto: a menudo eran los socialdemócratas más capaces los que respondían positivamente al desafío de Kôtoku a sus opiniones anteriores. Para muchos socialistas jóvenes, el llamamiento de Kôtoku al anarquismo supuso un soplo de aire fresco y

11 Shakai Shinbun (15 de septiembre de 1907) p. 1.

pronto reunió a su alrededor un impresionante grupo de apoyo. Ôsugi Sakae, Arahata Kanson, Yamakawa Hitoshi y muchos otros desempeñaron un importante papel en esta época al popularizar las ideas de autoliberación y acción directa, aunque en años posteriores algunos como Arahata y Yamakawa sucumbirían a la ilusoria promesa del bolchevismo.

Mientras Kôtoku se encontraba en Estados Unidos, se produjo un segundo intento de formar un partido socialdemócrata. Conocido esta vez como el Partido Socialista de Japón (Nippon Shakaitô), se fundó en febrero de 1906 y fue inicialmente tolerado por las autoridades, principalmente porque cortejaba la respetabilidad y se comprometía a «abogar por el socialismo dentro de los límites de la ley del país»¹².

Un hecho relacionado que se produjo fue que en enero de 1907 se relanzó el *Periódico de la Gente Común* (Heimin Shinbun), esta vez como diario. Aunque el Partido Socialista de Japón era una organización pequeña, con sólo unos 200 miembros, Kôtoku lo describió correctamente en diciembre de 1906 como una amalgama de muchos elementos diferentes:

Los socialdemócratas, los socialrevolucionarios e incluso los socialistas cristianos... La mayoría de nuestros

12 Hikari (5 de marzo de 1906) p. 6.

compañeros se inclinan por la táctica del parlamentarismo antes que por la del sindicalismo o el anarquismo. Pero no es porque estén convencidos de cuál es la verdad, sino por su ignorancia del Comunismo Anarquista. Por lo tanto, nuestro trabajo más importante en la actualidad es la traducción y publicación de literatura anarquista y de pensamiento libre¹³.

Las cuestiones planteadas por la nueva postura de Kôtoku fueron debatidas a fondo en una conferencia del Partido Socialista de Japón que se celebró en Tôkyô el 17 de febrero de 1907. Muchos de los puntos de vista que allí se expusieron representaban una clara ruptura con la socialdemocracia y los delegados apoyaron un llamamiento para eliminar de las normas del partido el compromiso de actuar «dentro de los límites de la ley del país». Esto no sólo llevó al gobierno a prohibir el Partido Socialista de Japón el 22 de febrero de 1907, sino que las tensas relaciones entre socialdemócratas y anarquistas no tardaron en llegar al punto de la ruptura.

Cuando el diario *Common People's Newspaper* se cerró en abril de 1907, debido a los efectos combinados de las dificultades financieras y la persecución gubernamental, fue sustituido en junio de 1907 por dos revistas separadas: el semanario *Social News* (Shakai Shinbun), que estaba bajo el control de los socialdemócratas, y el bimensual *Ôsaka*

13 Shiota (1965) p. 441.

Common People's Newspaper (Ôsaka Heimin Shinbun), que abogaba firmemente por la acción directa. Esta evolución representó la ruptura definitiva entre socialdemócratas y anarquistas en Japón. Desde entonces, el anarquismo se ha mantenido como una corriente distinta y organizada por separado, que se opone tanto a la socialdemocracia (y posteriormente al bolchevismo) como al capitalismo convencional¹⁴.

Aumento de la represión

Ya se ha mencionado que las ideas anarquistas que Kôtoku trajo de Estados Unidos eran una mezcla de comunismo anarquista, sindicalismo y terrorismo. El propio Kôtoku era ante todo un comunista anarquista (un «kropotkinista», si se quiere utilizar el término). Las condiciones de Japón hacían que el comunismo anarquista pareciera muy relevante y atractivo. Al igual que la Rusia que había inspirado la visión de Kropotkin de una sociedad basada en la propiedad común, la federación libertaria y la ayuda mutua, Japón también era una sociedad mayoritariamente agraria. Sus aldeas agrícolas parecían estar preparadas para convertirse en comunas anarquistas, sobre todo porque las prácticas

14 Crump (1983), pp. 250 y ss.

asociadas a la producción de arroz habían dado lugar a una cooperación y solidaridad profundamente arraigadas entre los agricultores. Muchos anarquistas, además de Kôtoku, se entusiasmaron con la visión comunista anarquista y se lanzaron a popularizar esta visión de cómo podía organizarse la sociedad. Un ejemplo entre muchos fue Akaba Hajime, que en 1910 escribió el folleto *El Evangelio de los Agricultores* (Nômin no Fukuin). En él, Akaba tendió un hábil puente entre la comunidad aldeana del pasado, que los efectos corrosivos del mercado estaban socavando, y la comuna revolucionaria del futuro previsto. Escribió:

Debemos enviar a los ladrones de tierras [es decir, a los terratenientes] a la guillotina revolucionaria y volver a la «comunidad aldeana» de antaño, que disfrutaron nuestros remotos antepasados. Debemos construir el paraíso libre del «comunismo anarquista», que dará cuerpo a los huesos de la comunidad aldeana con los conocimientos científicos más avanzados y con la elevada moral de la ayuda mutua¹⁵.

Los métodos políticos empleados por los comunistas anarquistas fueron, en general, la difusión de sus ideas por medio de la propaganda escrita y oral. Sin embargo, en su intento de difusión, se enfrentaron a la intensa represión ejercida por el Estado. Tras la disolución forzosa del Partido Socialista de Japón en 1907, las reuniones públicas fueron

15 Akaba (1960) p. 294.

interrumpidas de forma rutinaria. Se prohibió la distribución de publicaciones y los anarquistas fueron objeto de muchos tipos de persecución cotidiana, desde la violencia policial hasta el despido del trabajo o el seguimiento por parte de los detectives. Lo que le ocurrió a Akaba es un ejemplo de ello. Tras la publicación de *El Evangelio de los Agricultores*, se vio obligado a pasar a la clandestinidad por las críticas que el mismo folleto hacía al Emperador, acabó siendo detenido por la policía y murió en la prisión de Chiba el 1 de marzo de 1912 tras un periodo de huelga de hambre.

El sindicalismo era atractivo para muchos anarquistas porque parecía estar en sintonía tanto con la rápida expansión de la industria, que estaba en marcha en Japón en ese momento, como con la marcada combatividad de sectores de la clase obrera, como los mineros.

Entre los anarquistas de tendencia sindicalista existía la creencia de que, por muchas bazas que tuvieran el Estado y la patronal, seguían teniendo su talón de Aquiles. La línea de razonamiento en juego era que el Estado capitalista necesitaba industrializarse para realizar sus ambiciones económicas y militares, pero que, dado que la industria dependía de la clase obrera, cuanto más fuerte se hiciera Japón industrialmente, más vulnerable sería a una huelga general llevada a cabo por trabajadores decididos y bien organizados. Esta línea de pensamiento se vio reforzada por la frecuencia con la que los trabajadores explotados respondían a la arrogancia patronal con huelgas, algunas de

las cuales alcanzaron proporciones insurreccionales. El caso más famoso de este periodo de una huelga que llegó a la violencia contra la empresa y a la confrontación armada con el ejército fue el conflicto de la mina de cobre de Ashio en febrero de 1907.



Kōtoku con su pareja Sugako Kanno

Después de que los mineros de Ashio se pusieran en huelga, cortaron el suministro de electricidad, volaron e incendiaron los edificios de la empresa, dieron una fuerte paliza al director con los mangos de los picos, atacaron una

comisaría de policía cercana y, finalmente, se enfrentaron a tres compañías de infantería que fueron enviadas contra ellos.

Aunque el conflicto de Ashio fue el caso más conocido de una huelga insurreccional en esta época, no fue ni mucho menos el único. En los meses siguientes, una serie de conflictos en otras minas desembocaron en la violencia, y los ataques a los funcionarios de la empresa y la destrucción de sus propiedades no eran en absoluto desconocidos en otras industrias¹⁶.

Aunque los anarquistas, obviamente, acogieron con satisfacción las señales de que los trabajadores estaban dispuestos a luchar para mejorar sus condiciones, la situación nunca dio señales de ir más allá del punto en el que el Estado podía controlarla.

Mientras los conflictos laborales se produjeran uno a uno, el Estado podía concentrar sus recursos primero aquí y luego allí para romper la resistencia de cuerpos aislados de trabajadores. Lo que la situación exigía, como enseñaba la teoría sindicalista, era una federación de sindicatos industriales que pudiera coordinar las acciones desarticuladas, superar la debilidad provocada por el aislamiento y elevar la lucha al nivel de una huelga general. Sin embargo, esto resultó imposible de lograr en este

16 Crump (1983) pp. 158-67.

período, debido a las disposiciones de la ya mencionada «ley de policía de paz pública».

Tal vez porque el Estado capitalista era consciente de que era más vulnerable en el frente económico que en el político, fue aún más draconiano en su manejo de las organizaciones laborales que de los grupos y revistas socialistas. Ni siquiera los sindicatos más suaves eran tolerados, de modo que los que intentaban formarse eran inmediatamente represaliados.

Con las vías anarco-comunistas y anarcosindicalistas efectivamente bloqueadas, no es de extrañar que algunos anarquistas se volvieran hacia el terrorismo, la tercera de las principales influencias que actuaron en el movimiento anarquista japonés. Sin embargo, incluso cuando, a partir de 1908, algunos anarquistas empezaron a jugar con la idea de enfrentarse a la violencia del Estado con su propia violencia, con la esperanza de desencadenar un levantamiento popular más amplio, sus planes nunca pasaron de la fase de experimentación con explosivos. Como una fracción del movimiento anarquista en su conjunto, un mero puñado estaba involucrado. Además, en una sociedad altamente represiva como la japonesa, en la que todos los disidentes conocidos eran vigilados de cerca, se necesitó un tiempo considerable para adquirir la información y los materiales necesarios. Cuando el 25 de mayo de 1910 se detuvo a cuatro anarquistas tras descubrir la policía un alijo de material para fabricar bombas, todavía no se había realizado

ni un solo atentado contra ningún objetivo. Lo máximo que se había conseguido era la detonación con éxito de una bomba de prueba en las montañas. Sin embargo, era la oportunidad que las autoridades esperaban desde el folleto «Terrorismo» de 1907. Se detuvo a cientos de sospechosos y se fabricó un caso en el que 26 de ellos habían participado en un complot para asesinar al Emperador¹⁷.



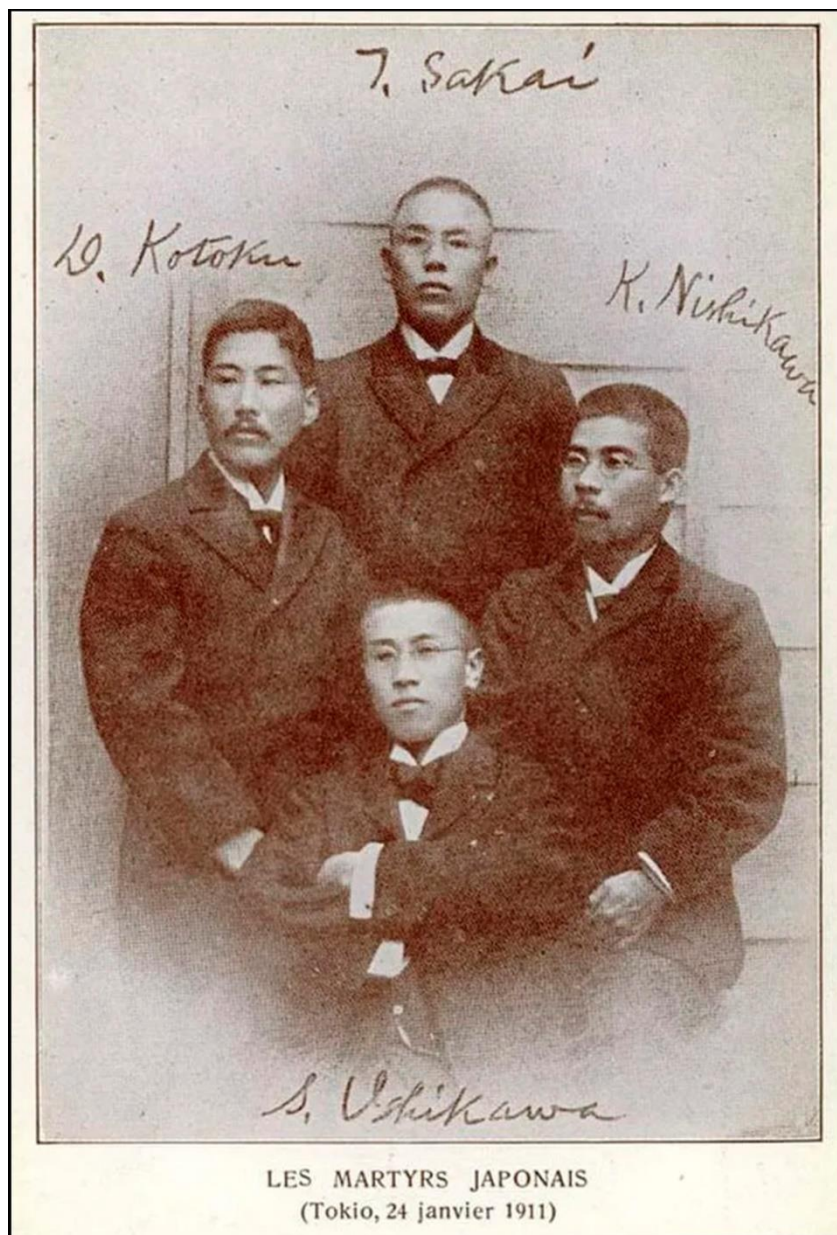
Sakae Ōsugi y Noe Ito con su hija Mako

Cuando se celebró el juicio en diciembre de 1910, se cerró al público y la gestión estatal de toda la investigación indicó que no iba a dejar que las sutilezas legales interfirieran en su determinación de paralizar el movimiento anarquista. Lo

17 Notehelfer (1971) pp. 163 y ss; Crump (1983) pp. 301 y ss; Anarkowic (1994).

único que impidió a las autoridades implicar a un número aún mayor de personas en el asunto fue que varios anarquistas prominentes, como Ôsugi Sakae, ya estaban cumpliendo penas de prisión por otros delitos y difícilmente podían verse implicados en una conspiración que supuestamente había tenido lugar mientras estaban entre rejas. Como era de esperar, los 26 acusados fueron declarados culpables y todos, excepto dos, fueron condenados a muerte. Aunque a doce de los que esperaban ser ejecutados se les conmutó posteriormente la pena por la de cadena perpetua, entre los doce restantes, a los que el Estado estaba decidido a colgar, se encontraba Kôtoku Shûsui. En el momento de la ejecución de Kôtoku, el 24 de enero de 1911, el movimiento anarquista japonés ya estaba reducido a un estado de casi hibernación en lo que se conoció como su «período de invierno». El Estado estaba decidido a cerrar todas las revistas, prohibir todas las reuniones y, en general, hacer la vida intolerable a los anarquistas que intentaban mantener cualquier forma de actividad. A muchos no les quedó más remedio que retirarse al campo, ganarse la vida a duras penas y esperar a que cambiaran las circunstancias en los años siguientes. Otros se exiliaron. Ishikawa Sanshirô, que había sido encarcelado repetidamente por delitos relacionados con las leyes de prensa, salió de Japón hacia Europa en 1913 y no regresó hasta 1920. Sin embargo, lo importante es que las ideas no murieron. Tampoco se extinguió la llama. El movimiento sobrevivió de algún modo a los largos años de borrado casi

total que siguieron, de modo que cuando un cambio en las condiciones tras la Primera Guerra Mundial obligó al Estado a relajar ligeramente su dominio, el anarquismo resurgió con más fuerza que nunca.



Capítulo 2

1912-1936

A lo largo de los años 1912-36, el comunismo anarquista, el sindicalismo y el terrorismo siguieron siendo tendencias identificables dentro del anarquismo japonés. Durante la primera mitad de este periodo, fue el sindicalismo el que predominó intelectualmente, mientras que en la última mitad el péndulo osciló hacia el comunismo anarquista. En comparación con estas dos grandes influencias teóricas, el terrorismo nunca fue más que una subcorriente menor en el movimiento anarquista, pero, aunque los que se inclinaban por la lucha armada eran siempre una pequeña minoría, la incesante represión estatal garantizaba que siempre hubiera algunos anarquistas cuya ira y frustración se convirtieran en intentos de devolver el favor a sus opresores.

Hay una serie de razones por las que el sindicalismo debió predominar inicialmente. Durante el «periodo de invierno», que duró hasta 1918, los anarquistas eran conscientes de que estaban prácticamente indefensos ante un Estado especialmente despiadado que tenía una fuerza abrumadora a su disposición y que no se detendría ni siquiera ante el asesinato legalmente sancionado para suprimir el anarquismo.

Aunque la organización de sindicatos seguía estando prohibida, al menos como propuesta teórica, la idea de que un movimiento sindical de masas podría proporcionar un baluarte contra el poder del Estado tenía un gran atractivo. En segundo lugar, con la muerte de Kôtoku, Ôsugi Sakae quedó como el pensador con más talento y el escritor más productivo en las filas anarquistas, y resultó estar muy inspirado por el crecimiento de la federación sindical francesa, la CGT.

Fue principalmente a través de los artículos de Ôsugi que la CGT fue puesta como ejemplo para los trabajadores japoneses. En tercer lugar, la reputación del comunismo anarquista se vio empañada, aunque temporalmente, cuando Kropotkin sucumbió al chovinismo francés tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. Posteriormente, los comunistas anarquistas se tranquilizaron cuando Malatesta y otros reiteraron su oposición de principio a la guerra, pero la desertión de Kropotkin supuso un duro golpe para quienes

habían absorbido el comunismo anarquista de fuentes como *La conquista del pan*.

Un golpe de suerte para los sindicalistas anarquistas fue su éxito al conseguir publicar la revista *Pensamiento Moderno* (Kindai Shisô) incluso en lo más profundo del «periodo invernal». A lo largo del «periodo invernal» hubo muchos intentos de los anarquistas de lanzar diferentes revistas, pero, casi sin excepción, fueron cerradas y sus editores multados y encarcelados. La única excepción fue *Pensamiento Moderno*, que Arahata Kanson y Ôsugi Sakae iniciaron en octubre de 1912 y que consiguieron publicar mensualmente hasta septiembre de 1914. *Pensamiento Moderno* sobrevivió durante dos años, principalmente porque se las ingenió para presentar las ideas sindicalistas bajo la apariencia de una discusión filosófica y no como una propuesta práctica. En asociación con *Pensamiento Moderno*, Arahata y Ôsugi también organizaron un Grupo de Estudio del Sindicalismo (Sanjikirizumu Kenkyû Kai) que celebró numerosas reuniones públicas entre 1913 y 1916. Una vez más, las autoridades probablemente no apreciaron la verdadera importancia de las reuniones del Grupo de Estudio del Sindicalismo porque atraían principalmente a jóvenes intelectuales y no a trabajadores. A pesar de este inconveniente, fueron una importante inyección de moral en lo que, por lo demás, fue un periodo de tristeza sin paliativos y de continuas derrotas.

El fin del «período de invierno»

Lo que puso fin al «período de invierno» fue el estallido espontáneo de la ira popular que se expresó en el verano de 1918 en forma de «disturbios del arroz» a escala nacional. Los años de la Primera Guerra Mundial fueron un periodo de auge para el capitalismo japonés, ya que las empresas japonesas aprovecharon los problemas, provocados por la guerra, que interferían en las operaciones de sus rivales europeos. Con el auge de la economía, la inflación se apoderó del país y el precio del arroz, el alimento básico, se disparó de forma aterradora en el último año de la guerra, dejando los salarios muy atrás. Como resultado, una pequeña manifestación de pescadoras en la prefectura de Toyama el 23 de julio de 1918, en protesta por el envío de arroz fuera de su distrito, desató un torrente de ira que se extendió a lo largo y ancho de Japón durante las siguientes semanas, con cientos de «incidentes» de un tipo u otro. No todos estos disturbios alcanzaron las proporciones de un motín a gran escala, pero en una ciudad importante tras otra se produjeron batallas campales entre decenas de miles de alborotadores y la policía, y en muchos casos se recurrió al ejército. En Ôsaka, el 12 de agosto de 1918, por ejemplo, se sintió «como si hubiera llegado una revolución de verdad»¹⁸. El Estado ya no estaba firmemente controlado, había

¹⁸ Shakaishugi Kenkyû (octubre de 1921) p. 12.

demasiados disturbios como para poder concentrar sus fuerzas y sofocar las protestas de una en una, y la clase dirigente estaba asustada para hacer concesiones. Japón no se convirtió en una democracia liberal de la noche a la mañana como resultado de los disturbios del arroz de 1918. Al contrario, la «ley de policía de paz pública» y su sustituta de 1925, la «ley de mantenimiento de la paz pública», siguieron vigentes durante los años siguientes y los anarquistas siguieron siendo el principal objetivo de la represión estatal. Pero la supresión generalizada de toda actividad ya no era posible y los anarquistas no tardaron en aprovechar las oportunidades que se les presentaban para reagruparse, lanzar nuevas revistas e implicarse en los movimientos obreros y campesinos.

No sólo hubo disturbios generalizados en las calles en este periodo, sino que también en las fábricas los conflictos laborales eran habituales. En 1918, más de 66.000 trabajadores se vieron implicados en 417 conflictos distintos. Estas cifras pueden parecer escasas para los estándares actuales, pero hay que compararlas con la cifra de menos de 1,5 millones de trabajadores empleados en todas las fábricas de la época. Aunque los sindicatos seguían siendo técnicamente ilegales, el Estado ya no estaba en condiciones de hacer cumplir la letra de la ley por completo. La Sociedad de Socorros Mutuos (Yûaikai), que se había formado en 1912 con apenas 15 miembros, había ampliado su organización y número de miembros hasta 30.000 en 1918 y en 1921

cambió su nombre por el de Confederación Japonesa del Trabajo (Nihon Rôdô Sôdômei). Es cierto que la mayoría de los sindicatos recién creados, tanto dentro como fuera de la Confederación Japonesa del Trabajo, estaban dirigidos por reformistas a ultranza, que simplemente buscaban mejorar la posición de los trabajadores dentro del capitalismo, al mismo tiempo que intentaban labrarse una carrera. Sin embargo, entre los sindicatos que surgieron en este periodo hubo algunos que abrazaron el anarquismo, tanto como objetivo de su lucha como método organizativo. Uno de ellos fue el sindicato de impresores Shinyûkai que, aunque cuando se formó en 1916 tenía una perspectiva puramente reformista, en 1919 había ampliado su número de miembros a 1.500 y optó por el anarquismo. También en 1919 se formó otro sindicato de impresores de tendencia anarquista, el Seishinkai, con 500 trabajadores de la prensa. En 1923, el Shinyûkai y el Seishinkai se unieron para crear una federación de impresores que, en 1924, contaba con 3.850 miembros, una cifra nada desdeñable para la época.

Los Shinyûkai y los Seishinkai han sido mencionados especialmente aquí, ya que los impresores formaron la columna vertebral del movimiento sindical anarquista durante los años de preguerra. Sin embargo, los sindicatos anarquistas no se limitaron en absoluto a la industria gráfica. Una declaración emitida en noviembre de 1922 por grupos de trabajadores que favorecían la organización basada en la «federación libertaria» y rechazaban la «autoridad

centralizada» fue firmada por sindicatos que representaban, entre otros sectores de la fuerza de trabajo, a los relojeros, los trabajadores en general, los tranviarios, los constructores navales, los trabajadores de la ingeniería y los trabajadores de la comunicación¹⁹.

Un importante grupo anarquista que se formó en 1919 en respuesta a los acontecimientos descritos anteriormente fue el Grupo del Movimiento Obrero (Rôdô Undô), que publicó una revista con el mismo nombre. El rasgo más llamativo de la revista *Labour Movement* es que, mientras que antes una revista como *Modern Thought* recomendaba el sindicalismo como una línea de acción y un objetivo por el que luchar, *Labour Movement* se preocupaba más por informar y analizar las luchas en curso, que a menudo adoptaban una forma anarquista, independientemente de que los trabajadores conocieran o no la teoría sindicalista. Esto significó que, con el fin del «período de invierno», el sindicalismo anarquista pasó del ámbito de la teoría al de la práctica. En un sentido, esto representó la maduración del sindicalismo anarquista en el contexto japonés, pero en otro, obligó a muchos anarquistas japoneses a enfrentarse a problemas inherentes al sindicalismo de los que no habían sido conscientes anteriormente. Volveremos a este tema más adelante cuando hablemos de la división entre

19 Rôdô Undô (1 de noviembre de 1922) p. 2.

comunistas anarquistas y sindicalistas anarquistas que se produjo en 1928.

El anarquismo frente al bolchevismo

En Japón, como en muchos países, se tardó en comprender la verdadera naturaleza de la Revolución Rusa de 1917. Al principio había muchos anarquistas en Japón que simpatizaban con lo poco que sabían de los bolcheviques. Inmediatamente después de la revolución, todo lo que se sabía de Lenin y sus seguidores era que habían ejecutado al zar, sacado a Rusia de la guerra y se habían ganado el odio de la burguesía y de los socialdemócratas reformistas por igual. A primera vista, esto parecía ser un curso de acción que muchos anarquistas podrían haber seguido dadas las circunstancias. Por lo tanto, no es de extrañar que, para empezar, el bolchevismo atrajera el interés de muchos anarquistas japoneses y que, aunque algunos comprendieran rápidamente que Lenin y sus compañeros eran simplemente una nueva clase dominante que pretendía consolidar su poder, otros se dejaron llevar por el nuevo credo y se perdieron para el anarquismo. De hecho, cuando se fundó el Partido Comunista de Japón en 1922, entre sus dirigentes se encontraban Arahata Kanson (antiguo coeditor con Ôsugi del *Pensamiento Moderno*) y Yamakawa Hitoshi

(que había sido uno de los primeros en unirse a Kôtoku tras su «cambio de pensamiento» y había ayudado a traducir *La conquista del pan*). Además, el primer presidente del Partido no era otro que el viejo amigo de Kôtoku, Sakai Toshihiko (que, aunque nunca había sido anarquista, había dimitido en 1903 del *Every Morning News* y había ayudado a Kôtoku a lanzar el *Common People's Newspaper*). Es interesante señalar que, si bien ninguno de ellos volvió a asociarse con el anarquismo, tampoco duró mucho tiempo en las filas del Partido Comunista, ya que su capacidad de pensamiento independiente les impidió tragarse todos los giros de la política de la Comintern²⁰.

Aunque Ôsugi nunca dio muestras de abandonar el anarquismo por el bolchevismo, incluso estuvo dispuesto a aceptar una invitación para visitar Shanghái en octubre de 1920 para mantener conversaciones con agentes de la Comintern. Regresó con 2.000 yenes que se utilizarían para reanudar el *Labour Movement*, que había dejado de publicarse temporalmente en junio de 1920. El resultado de esta financiación de la Comintern fue la segunda serie de *Labour Movement*, que duró de enero a junio de 1921 y que coincidió con el punto álgido de la cooperación entre los anarquistas y los partidarios japoneses del bolchevismo²¹.

20 Beckmann & Ôkubo (1969) pp. 8-78.

21 Stanley (1982), pp. 127 y ss.

Durante este breve periodo, aparecieron en *Labour Movement* artículos escritos tanto desde la perspectiva anarquista como desde la bolchevique, pero no pasó mucho tiempo antes de que las tensiones en la relación empezaran a manifestarse. El régimen de Lenin sofocó el levantamiento de Kronstadt contra el despotismo bolchevique en marzo de 1921, Ôsugi pronto empezó a traducir informes de testigos oculares como Emma Goldman y Alexander Berkman sobre la represión bolchevique de los anarquistas rusos y en poco tiempo Ôsugi llegó a la conclusión de que no había nada que elegir entre el capitalismo de Estado ruso y el capitalismo privado occidental. La política bolchevique, escribía, «ha echado las cadenas de la esclavitud asalariada para el proletariado ruso y ha arrastrado a los trabajadores a una situación peor que las condiciones de trabajo que se encuentran en otros países capitalistas»²².

Labour Movement continuó publicándose de forma intermitente hasta octubre de 1927, pero, tras el breve coqueteo anarquista-bolchevique que caracterizó sus primeros números, pronto se convirtió en una revista cien por cien anarquista que se oponía sin ambigüedades al bolchevismo.

Paralelamente a la cooperación temporal entre anarquistas y bolcheviques en el campo de la publicación, que se ha descrito anteriormente, también hubo intentos en

22 *Rôdô Undô* (1 de enero de 1923) p. 9.

los primeros días del movimiento sindical para salvar la división ideológica. Sindicatos de diferentes convicciones ideológicas organizaron conjuntamente la primera manifestación del Primero de Mayo en Japón en 1920 y de ella surgió una Alianza Sindical (Rôdô Kumiai Dômeikai). Sin embargo, cuando se volvió a celebrar una manifestación del Primero de Mayo al año siguiente, los miembros de los sindicatos anarquistas y reformistas llegaron a las manos y la Alianza Sindical se hundió. En 1922 hubo un último intento de formar una federación de sindicatos que lo abarcara todo, esta vez en forma de Federación General de Sindicatos de Japón (Zenkoku Rôdô Kumiai Sôrengô). Su conferencia fundacional se celebró en Ôsaka el 30 de septiembre de 1922 y contó con la presencia de 106 delegados, que representaban a 59 organizaciones con un total de más de 27.000 miembros. Los sindicatos representados estaban divididos ideológicamente entre anarquistas, reformistas y bolcheviques. Aunque no había amor perdido entre los reformistas y los bolcheviques, cooperaron temporalmente para oponerse a la preferencia de los anarquistas por una federación descentralizada e insistieron en que el movimiento sindical debía tener una dirección centralizada con poderes para hacer cumplir sus decisiones.

Naturalmente, donde los reformistas y los bolcheviques discrepaban era sobre cuál de ellos debía ejercer el liderazgo. Este antagonismo llegaría a su punto álgido tres años después, en 1925, cuando los sindicatos controlados

por los bolcheviques rompieron con los reformistas para crear el Consejo Sindical Japonés (Nihon Rôdô Kumiai Hyôgikai). Sin embargo, desde el punto de vista de este relato, el resultado más significativo del intento fallido en 1922 de establecer la Federación General de Sindicatos del Trabajo de todo Japón fue que 20 sindicatos revelaron su fuerte preferencia por los principios organizativos anarquistas al firmar en noviembre de 1922 el «Anuncio a los trabajadores de todo el país» al que ya se ha hecho referencia²³.

Cuatro años más tarde, este núcleo de apoyo iba a ser el centro en torno al cual iba a cristalizar la primera federación nacional de sindicatos de tendencia anarquista, la Federación Libertaria de Sindicatos de Japón (Zenkoku Rôdô Kumiai Jiyû Rengôkai).

En 1922, pues, el antagonismo entre anarquistas y bolcheviques había alcanzado un nivel de intensidad que hacía imposible toda cooperación futura. A partir de ese momento, la hostilidad anarquista hacia el Partido Comunista de Japón se equiparó al desprecio que los anarquistas sentían desde hacía tiempo hacia los socialdemócratas reformistas.

23 Véase la nota 19.

La muerte de Ôsugi y los nuevos intentos de terrorismo

En septiembre de 1923 el anarquismo en Japón recibió un golpe tan duro como la ejecución de Kôtoku y sus compañeros doce años antes. Ya se ha mencionado que, tras la muerte de Kôtoku, Ôsugi era indiscutiblemente el pensador y escritor con más talento en las filas anarquistas. A lo largo de la dura represión del «período de invierno» y en los años de resurgimiento que siguieron, su combinación de compromiso apasionado con la liberación personal con un entusiasmo igualmente ardiente por los objetivos y métodos del sindicalismo anarquista había servido de inspiración para muchos. Ahora, trágicamente, iba a ser cortado en su mejor momento. El 1 de septiembre de 1923, el este de Japón (la región de Kantô) se vio afectado por un gran terremoto. Más de 90.000 personas murieron y cerca de medio millón de edificios quedaron destruidos, en parte por los efectos iniciales del terremoto, pero sobre todo por los incendios posteriores, que ardieron sin control durante días. Mientras las franjas de fuego atravesaban Tôkyô, Yokohama y otros lugares, los rumores de que los pirómanos y los revolucionarios estaban en las calles se extendieron de forma tan aterradora como las propias llamas. La histeria se apoderó de la población y provocó linchamientos, muchas de cuyas víctimas fueron inmigrantes coreanos. En esta situación de pánico y caos, a las autoridades se les presentó otra oportunidad de oro para eliminar a los enemigos del

Estado. Ôsugi Sakae, su compañera Itô Noe (que a su vez era una destacada anarquista) y el sobrino de seis años de Ôsugi, Tachibana Munekazu (que casualmente estaba con ellos), fueron capturados por un escuadrón de la policía militar y los tres fueron brutalmente ejecutados. Detenidos el 16 de septiembre de 1923, sus cuerpos maltrechos fueron descubiertos cuatro días después en el lugar donde habían sido arrojados a un pozo²⁴.

La brutalidad de los asesinatos de Ôsugi y sus compañeros se vio agravada por la hipocresía del Estado. Amakasu Masahiko, el capitán al mando de la unidad de policía militar, fue juzgado y condenado a diez años de prisión, pero en tres años volvió a estar libre y de nuevo en servicio.

Los compañeros de Ôsugi que lo habían conocido personalmente, así como otros que lo conocían como un inspirado propagandista y un irreprimible defensor de la libertad sólo a través de sus escritos, estaban indignados por la facilidad con la que el Estado había matado al más hábil anarquista de su generación, como si se tratara de matar una mosca.

No es de extrañar que hubiera quien jurara vengarse. En septiembre de 1924, un grupo anarquista que recibió el acertado nombre de Sociedad de la Guillotina (Girochin Sha) atentó dos veces contra la vida de Fukuda Masatarô, el

24 Stanley (1982) pp. 155 y siguientes.

general al mando de las tropas que habían asesinado a Ôsugi. En el primer atentado, uno de los antiguos camaradas de Ôsugi, Wada Kyûtarô, disparó contra el general Fukuda pero sólo consiguió herirlo, mientras que en el segundo bombardearon la casa de Fukuda, aunque éste no se encontraba en ese momento en su domicilio. Wada fue juzgado y condenado a cadena perpetua, pero se suicidó estando en prisión en 1928.



Miembros de Girochin-Sha durante un juicio en 1925

Otros miembros de la Sociedad de la Guillotina fueron condenados a largas penas de prisión y dos de ellos, Furuta Daijirô y Nakahama Tetsu, fueron ejecutados por su participación en el atraco a un banco que se llevó a cabo en octubre de 1923 para recaudar fondos y en cuyo transcurso fue asesinado un empleado del banco.

Por muy justa que fuera la indignación que desató estos intentos de represalia contra la crueldad perpetrada por la clase dominante, el terrorismo demostró ser totalmente improductivo para el avance de la causa anarquista. Las detenciones masivas y el aumento de la represión fueron el resultado inevitable de unos ataques que, en su mayoría, no alcanzaron sus objetivos e infligieron un daño insignificante a las estructuras de poder. Sin embargo, a pesar del evidente fracaso de estos diversos incidentes, no acabaron con el fantasma del terrorismo. El terrorismo era el resultado de la inhumanidad sistemática practicada por el estado capitalista y la persistencia de este factor causal garantizaba que en los años venideros una minoría de anarquistas seguiría siendo provocada para intentar pagar a la clase dominante con la misma moneda.

El resurgimiento del comunismo anarquista

Muchos relatos sobre el anarquismo en Japón, en particular los que simpatizan con el bolchevismo, sugieren que desde el momento de la muerte de Ôsugi el anarquismo se encontraba en una espiral descendente. Esto está lejos de ser el caso. Durante la década de 1920, los anarquistas de Japón eran más fuertes que nunca desde el punto de vista organizativo, y se produjo el correspondiente florecimiento

de ideas y teorías, especialmente entre los comunistas anarquistas.

En 1926 se formaron dos federaciones nacionales de anarquistas. La primera, organizada en enero de 1926, fue la Liga de la Juventud Negra (Kokushoku Seinen Renmei), que solía conocerse por su abreviatura japonesa de Kokuren. Cuando se creó, Kokuren estaba compuesta principalmente por jóvenes anarquistas del este de Japón (la región de Kantô), pero rápidamente se amplió para acoger a todas las generaciones y extender su organización federal a todo Japón e incluso a las colonias japonesas, como Corea y Taiwán. La segunda federación fue la Federación Libertaria de Sindicatos del Trabajo de todo Japón (Zenkoku Rôdô Kumiai Jiyû Rengôkai), cuyo nombre se abreviaba generalmente en japonés como Zenkoku Jiren. A su conferencia fundacional, celebrada el 24 de mayo de 1926, asistieron 400 delegados, que representaban a 25 sindicatos con un total de 8.400 miembros. Estas cifras se comparan con los 35 sindicatos (con unos 20.000 miembros) que habían permanecido en la reformista Confederación Japonesa del Trabajo cuando 32 de sus sindicatos constituyentes (con 12.500 miembros) se separaron en 1925 para formar el Consejo Sindical Japonés dirigido por los bolcheviques. Aunque la Zenkoku Jiren era, por tanto, más pequeña que sus rivales reformistas y bolcheviques, los sindicatos que la componían estaban implantados en prácticamente todas las zonas de Japón, desde la isla de

Hokkaidô, en el extremo norte, pasando por grandes centros urbanos como Tôkyô y Ôsaka, en el corazón industrial de Japón, hasta ciudades del suroeste del país, como Hiroshima. Además de la amplia extensión geográfica de la Jiren Zenkoku, también estaba arraigada en la mayoría de las grandes industrias. Sus sindicatos se organizaban en función de la industria y abarcaban sectores de la mano de obra tan variados como los impresores, los trabajadores textiles, los trabajadores de la ingeniería, los trabajadores de la alimentación, los trabajadores del caucho, los obreros en general, etc.²⁵.

Hay otro sentido en el que se puede decir que Kokuren y Zenkoku Jiren tenían una amplia base cuando se formaron. Esto es, que acogían la mayoría de los matices del anarquismo, desde el sindicalismo anarquista hasta el comunismo anarquista. Por ejemplo, aunque la fuerte presencia de comunistas anarquistas en las filas de Kokuren y Zenkoku Jiren fue obvia desde el principio, el programa que adoptó la conferencia fundacional de esta última estaba, sin embargo, claramente influenciado por la declaración clásica de principios sindicalistas: la Carta de Amiens de la CGT francesa (1906). El programa fundacional de la Zenkoku Jiren declaraba

25 Crump (1993) pp. 69ss.

Tomamos la lucha de clases como base del movimiento para liberar a los trabajadores y a los arrendatarios.

Rechazamos todos los movimientos políticos e insistimos en la acción económica únicamente.

Defendemos la federación libertaria organizada industria por industria y rechazamos el autoritarismo centralizado.

Nos oponemos a la agresión imperialista y defendemos la solidaridad internacional de la clase obrera²⁶.

Las relaciones entre Kokuren y la Jiren Zenkoku eran muy estrechas, y la primera actuaba como un núcleo duro de activistas comprometidos y aguerridos dentro de las filas de la segunda. Cuando los sindicatos afiliados a la Zenkoku Jiren se veían envueltos en conflictos laborales, solían ser los militantes de Kokuren los que adoptaban las formas más peligrosas de acción directa, como enfrentarse a la policía y bombardear las casas de los patrones. En este sentido, la relación entre Kokuren y Zenkoku Jiren se ha comparado a menudo con la existente entre la FAI y la CNT en España. Sin embargo, esta analogía no puede llevarse demasiado lejos, ya que, como veremos, las ideas que inspiraron a muchos anarquistas japoneses divergían cada vez más de las que tenían sus homólogos en España y en otros lugares.

26 *Ibíd.*, p. 77.

La historia de los años siguientes es la de un antagonismo cada vez más agudo entre el comunismo anarquista y el sindicalismo anarquista, que llevó a los sindicalistas anarquistas a retirarse tanto de Kokuren como de la Zenkoku Jiren en 1927/28 en un ambiente de considerable amargura y a crear sus propias organizaciones independientes. Las razones de este enfrentamiento son diversas. Una de las más fáciles de identificar es la influencia de dos destacados teóricos y propagandistas del comunismo anarquista, llamados Hatta Shûzô e Iwasa Sakutarô²⁷.



Iwasa Sakutarô

Aunque Hatta sólo estuvo activo en el movimiento anarquista durante los últimos diez años de su relativamente corta vida (1886-1934), fue ampliamente aclamado como

²⁷ Véase *ibid.*

«el mayor teórico del comunismo anarquista en Japón»²⁸. Iwasa vivió mucho más tiempo (1879-1967) y llegó a ser considerado cada vez más, con una mezcla de afecto y respeto, como el gran anciano del anarquismo japonés. Aunque eran diferentes en muchos aspectos, Hatta e Iwasa se complementaban de forma muy eficaz y lo que compartían era una profunda desconfianza tanto hacia el sindicalismo como hacia el movimiento obrero convencional. Hatta, como clérigo protestante caduco, era un orador magistral, el tipo de hombre que podía mantener embelesada a una audiencia de campesinos u obreros durante horas, conmoviéndolos hasta las lágrimas con su descripción de la iniquidad tanto del capitalismo convencional como del bolchevismo, y encendiendo su pasión por una sociedad alternativa que combinara con éxito la libertad individual y la solidaridad comunitaria. Iwasa era un tipo más tranquilo y menos extravagante, que daba lo mejor de sí en charlas y debates informales. Siempre en movimiento, viajó a lo largo y ancho de Japón, haciendo amigos en silencio e implantando las ideas del comunismo anarquista allí donde iba.

Sin embargo, por mucho talento que tuvieran Hatta e Iwasa como exponentes del comunismo anarquista, el resurgimiento de esta doctrina en Japón en ese momento concreto no puede explicarse adecuadamente sólo por su influencia. Para que el comunismo anarquista gozara de la

28 Hatta (1981) p. 309.

popularidad que tuvo en Japón a finales de la década de 1920, tenía que ofrecer una explicación convincente de la opresión que sufrían tantas personas y, asimismo, tenía que corresponder a sus aspiraciones de una nueva vida. Muchos arrendatarios y trabajadores descubrieron que el comunismo anarquista podía cumplir estas funciones con mucha más eficacia que el sindicalismo anarquista. Desde el punto de vista de los campesinos arrendatarios, desesperadamente pobres, que constituían el grueso de la población de Japón en este período y superaban con creces a los trabajadores de las fábricas, las razones de esto no son difíciles de entender. Cuando los comunistas anarquistas hablaban de convertir por medios revolucionarios los pueblos agrícolas miserablemente empobrecidos en comunas florecientes y autosuficientes, su mensaje parecía directamente relevante para los campesinos arrendatarios de una manera que el enfoque predominantemente urbanizado, industrializado y sindicalizado de los sindicalistas anarquistas nunca podría ser.

Sin embargo, la ruptura entre el comunismo anarquista y el sindicalismo anarquista no se puede entender simplemente en términos de las diferentes posiciones sociales de los arrendatarios y los trabajadores industriales. Por un lado, existía un gran movimiento entre el campo y la ciudad, con nuevos trabajadores que eran absorbidos por las fábricas a medida que la economía se expandía periódicamente y que eran dados de baja con la misma

regularidad cuando se producían las inevitables recesiones económicas. Por otra parte, incluso entre los trabajadores que permanecían en las ciudades, el comunismo anarquista impresionó a muchos por constituir una ruptura más fundamental con las estructuras y los valores del capitalismo de lo que el sindicalismo anarquista podría lograr.

Muchos de estos trabajadores encontraron convincente el argumento de Hatta cuando insistió en que, dado que el sindicalismo anarquista se basaba en organizaciones sindicales que eran una consecuencia de los lugares de trabajo capitalistas, reproduciría en sus relaciones sociales la centralización, la jerarquía y el poder que se encuentran en el capitalismo. Hatta argumentó que, al adoptar una forma de organización que reflejaba la industria capitalista, el sindicalismo anarquista perpetuaría la división del trabajo. Se preveía que, incluso si se eliminaban los jefes para que las minas fueran controladas por los mineros, las acerías por los siderúrgicos, etc., seguirían surgiendo tensiones entre los distintos sectores industriales y los distintos cuerpos de trabajadores. Aunque se reconocía que el sindicalismo anarquista estaba ideológicamente comprometido con la abolición del Estado, Hatta sostenía que habría una tendencia inherente a que surgiera alguna forma de organismo de arbitraje o coordinación para tratar los conflictos de intereses entre los diferentes sectores económicos y quienes trabajaban en ellos. De este modo, no sólo existiría el peligro de que se creara un nuevo Estado,

sino que los que pudieran ejercer el control sobre este organismo de coordinación se convertirían probablemente en una clase dirigente emergente. Como dijo Hatta

En una sociedad basada en la división del trabajo, quienes se dedican a la producción vital (ya que constituye la base de la producción) tendrían más poder sobre la maquinaria de coordinación que quienes se dedican a otras líneas de producción. Por lo tanto, habría un peligro real de aparición de clases²⁹.

Hatta e Iwasa también fueron muy críticos con la creencia del sindicalismo anarquista de que la revolución podía llevarse a cabo mediante la lucha de clases. En primer lugar, señalaban que las relaciones sociales que existían entre los millones de campesinos arrendatarios y los terratenientes a los que alquilaban sus tierras estaban más cerca del feudalismo que del capitalismo. Por lo tanto, la sociedad japonesa no podía reducirse a una estructura de clases esquemática de trabajadores contra capitalistas, como solían afirmar los sindicalistas anarquistas (y el Partido Comunista de Japón, por cierto). En segundo lugar, y de manera más fundamental, se argumentaba que la victoria en la lucha de clases a lo sumo cambia el orden jerárquico entre las clases, pero no trae consigo la condición sin clases que está implícita en el anarquismo. Iwasa expresó esto mediante una analogía que se hizo famosa entre los

²⁹ Hatta (1983) pp. 14-15.

anarquistas japoneses: la analogía de una banda de bandidos de montaña. Si el jefe de los bandidos (equivalente a los capitalistas) era expulsado y sustituido por uno o varios de sus secuaces (equivalente al movimiento obrero convencional), se podía decir que el orden jerárquico (la estructura de clases) había cambiado, pero no la naturaleza explotadora de la sociedad (representada en la analogía de Iwasa por la continua actividad merodeadora de la banda de bandidos)³⁰. Fue sobre la base de este argumento que Hatta llegó a la conclusión:

Si entendemos... que la lucha de clases y la revolución son cosas diferentes, entonces nos vemos obligados a decir que es un gran error declarar, como hacen los sindicalistas, que la revolución será llevada a cabo por la lucha de clases. Incluso si se produjera un cambio en la sociedad por medio de la lucha de clases, no significaría que se hubiera producido una auténtica revolución³¹.

Junto a estas críticas al sindicalismo anarquista, Hatta, en particular, escribió extensamente sobre cómo una sociedad comunista anarquista podría superar la división del trabajo y, al hacerlo, impulsó las fronteras teóricas del comunismo anarquista de una manera que no se había hecho desde los días de Kropotkin. Su visión del comunismo anarquista era esencialmente la de una serie de «pequeñas sociedades»

30 Crump (1993) pp. 111-13.

31 Hatta (1983) p. 29.

(comunidades), cada una de las cuales sería en gran medida autosuficiente en virtud de la participación en la actividad agrícola integral, así como en la actividad industrial (a pequeña escala). Al teorizar sobre cómo podría funcionar esto en la práctica, desarrolló algunas de las ideas que habían permanecido en una forma bastante rudimentaria en los escritos de Kropotkin (por ejemplo, la noción de una «fisiología de la sociedad»³²) e hizo algunas contribuciones importantes para desarrollar una teoría económica del comunismo anarquista³³.

Tan sorprendente como el alto nivel de los escritos teóricos de Hatta fue el hecho de que esas ideas tuvieran una gran repercusión entre los trabajadores, incluso entre los que estaban acostumbrados a vivir en un entorno industrial y urbano. Por poner un ejemplo, un trabajador de la imprenta Tôkyô escribió un artículo titulado «Abandonemos las ciudades» en la revista de Zenkoku Jiren Federación Libertaria (Jiyû Rengô) en diciembre de 1926. En él se argumentaba que los obreros industriales no debían aspirar a arrebatarse las ciudades a los capitalistas y dirigirlas en su propio interés. En lugar de ello, debían alzarse contra los patrones y llevar sus habilidades industriales al campo, enriqueciendo así la vida de las aldeas y logrando la unidad con sus hermanos y hermanas en las granjas³⁴. En cuanto al

32 Kropotkin (1972) p. 191.

33 Crump (1993) pp. 137 y siguientes.

34 Jiyû Rengô (5 de diciembre de 1926) p. 3.

sindicalismo anarquista, un artículo aparecido en la revista *Kokuren Juventud Negra* (Kokushoku Seinen) en diciembre de 1929 exponía de forma contundente lo que se convirtió en la opinión mayoritaria cuando declaraba:

El movimiento anarquista está progresando mucho en Japón en la actualidad. En otros países encontramos un movimiento anarquista que se une a los sindicalistas. Pero en este país no los aprobamos, los alejamos como a los bolcheviques. Incluso estamos en contra del sindicalismo anarquista y nos adherimos al comunismo anarquista³⁵.

La escisión

La división entre los comunistas anarquistas y los sindicalistas anarquistas se produjo primero en Kokuren. A medida que avanzaba el año 1927, la mayoría comunista anarquista de Kokuren expresó su oposición al sindicalismo de forma cada vez más abierta, lo que llevó a la minoría de sindicalistas anarquistas a agruparse primero en torno a una nueva revista, *El Movimiento Anti-Partido Político* (Han Seitô

35 Kokushoku Seinen (10 de diciembre de 1929) p. 1.

Undô), que iniciaron en junio, y finalmente a retirarse por completo de Kokuren.

Desde Kokuren, la tensión se extendió a Zenkoku Jiren, lo que condujo a procedimientos caóticos en su segunda conferencia, que se celebró en noviembre y tuvo que ser suspendida porque los debates degeneraron en discusiones³⁶. A estas alturas, los informes sobre la inminente escisión entre los comunistas anarquistas (que a veces se conocían en Japón como «anarquistas puros») y los sindicalistas anarquistas se habían extendido más allá de Japón y uno de los que se alarmó fue Augustin Souchy, secretario de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT cuando se conocía por sus iniciales en francés). En una carta dirigida a la segunda conferencia de Zenkoku Jiren, Souchy escribió:

¡Camaradas! Hemos oído algo sobre una disputa teórica actual entre los anarquistas puros y los sindicalistas puros dentro del movimiento obrero libertario japonés. Si se nos permite expresar nuestra opinión, ahora no es realmente el momento para una disputa sobre tal cuestión. Ha adquirido un carácter totalmente teórico. En esta ocasión, nos gustaría llamar su atención sobre Argentina y los países sudamericanos en general. En estos países el movimiento obrero actúa en el espíritu de Mijail Bakunin y también, al mismo

36 Crump (1993) pp. 83-6.

tiempo, está bajo la dirección espiritual de nuestro indomable pionero Errico Malatesta. En estos países, todos los anarquistas participan heroicamente en el movimiento sindicalista y, al mismo tiempo, todos los sindicalistas luchan por abolir la maquinaria opresiva del Estado y por resistir la explotación capitalista. También en España, anarquistas y sindicalistas se reparten la preocupación por las cuestiones económicas y por el aspecto espiritual de tal manera que no surgen disputas teóricas³⁷.

Aunque la carta de Souchy se publicó en la portada de la *Federación Libertaria* de Zenkoku Jiren en enero de 1928, no tuvo el efecto deseado. En su lugar, la Juventud Negra de Kokuren publicó un artículo «Sobre el mensaje de la Asociación Internacional de Trabajadores» en su número de febrero, en el que afirmaba sin concesiones que desde 1927 había estado luchando contra «los traidores, los oportunistas y los imperialistas sindicales» en las filas de la Zenkoku Jiren³⁸. Después de horas de amargo debate, con insultos de ambas partes, los sindicalistas anarquistas decidieron reconocer lo inevitable, desplegaron sus banderas y abandonaron la sala. Esto no sólo formalizó la división dentro del movimiento sindical anarquista, sino que posteriormente la misma oposición abierta entre comunistas anarquistas y sindicalistas anarquistas se

37 Jiyû Rengô (10 de enero de 1928) p. 1 (en japonés).

38 Kokushoku Seinen (5 de febrero de 1928) p. 8.

manifestó en todos los demás campos en los que los anarquistas eran activos. Por ejemplo, el floreciente movimiento literario y cultural anarquista se dividió de la misma manera en alas comunistas y sindicalistas, que a partir de entonces se enfrentaron entre sí³⁹.

Se podría haber pensado que la división entre los comunistas anarquistas y los sindicalistas anarquistas habría tenido un efecto negativo en el crecimiento del movimiento anarquista en su totalidad, pero no fue así. Es cierto que la Zenkoku Jiren perdió directamente varios sindicatos y también las ramas de tendencia sindicalista de otros sindicatos en la escisión de 1928. Además, su columna vertebral, el sindicato de impresores Tôkyô, de 5.000 miembros, se dividió en abril de 1929 en organizaciones anarco-comunistas y anarco-sindicalistas hostiles. Sin embargo, en 1931, la ya exclusivamente anarco-comunista Zenkoku Jiren tenía un total de 16.300 miembros, lo que la hacía prácticamente el doble de grande que en el momento de su formación en 1926. En cuanto a los sindicatos anarquistas que se retiraron de la Zenkoku Jiren, la mayoría de ellos acabaron federándose bajo el nombre de Consejo Federal Libertario de Sindicatos de Japón (Nihon Rôdô Kumiai Jiyû Rengô Kyôgikai), conocido generalmente por la abreviatura Jikyô. Aunque era considerablemente más pequeño que el Zenkoku Jiren, en 1931 el Jikyô también

39 Crump (1993) p. 88.

había crecido hasta el punto de contar con casi 3.000 miembros⁴⁰.

Es importante diferenciar entre antisindicalismo y a-sindicalismo cuando se trata de entender la teoría y la práctica de los comunistas anarquistas. La base de su oposición al sindicalismo ya se ha explicado resumiendo las teorías de Hatta Shûzô e Iwasa Sakutarô. Sin embargo, el a-sindicalismo no debe entenderse como una hostilidad a la actividad sindical. La Zenkoku Jiren siguió siendo una federación de sindicatos incluso después de que los sindicalistas anarquistas se retiraran de sus filas. Como hemos visto, en los años siguientes siguió atrayendo a un número significativo de trabajadores a sus filas. Además, los sindicatos que lo componían estaban siempre dispuestos a enfrentarse a la patronal por los salarios y las condiciones de trabajo, y participaron en algunos conflictos notables, como la lucha de 1.300 trabajadores contra los despidos y los recortes salariales en la fábrica de Shibaura de la compañía Mitsui y la American General Electric Company en 1930.

Lo que distinguía la actitud anarco-comunista hacia el movimiento sindical eran básicamente dos factores. En primer lugar, hacían hincapié constantemente en la lucha más amplia por una nueva sociedad que estaba por encima de las cuestiones inmediatas como los salarios y las condiciones de trabajo. En segundo lugar, aunque los

40 *Ibíd.*, pp. 87ss.

sindicatos de la Zenkoku Jiren estaban formados por trabajadores industriales, centraban la atención en los campesinos arrendatarios como la fuerza social crucial que podía dar lugar a la sociedad comunitaria alternativa al capitalismo. La importancia que concedían a estos dos factores les llevó a dedicar mucho tiempo y energía a la labor teórica destinada a esclarecer la naturaleza de la nueva sociedad y las fuerzas sociales que podrían hacerla realidad.

Por el contrario, los sindicalistas anarquistas japoneses se prodigaron menos en el ámbito de la teoría. Probablemente sea justo decir que no hubo nadie en Japón que hiciera una contribución importante y original a la teoría anarcosindicalista. En este sentido, es significativo que el teórico más destacado del lado del sindicalismo anarquista sea considerado generalmente como Ishikawa Sanshirô.

Sin embargo, aunque el hecho de que Ishikawa se negara a descartar de plano el sindicalismo anarquista lo convertía en una especie de contrapeso de los comunistas anarquistas como Hatta e Iwasa; se orientaba principalmente hacia el anarquismo agrario (y, por cierto, también hacia el anarquismo cristiano). De ahí que se pueda decir que, en el contexto japonés, las aportaciones más significativas del sindicalismo anarquista no se produjeron en el terreno de la teoría, sino en el de la acción. Por ejemplo, en un conflicto en la empresa Nihon Senjû en abril de 1931, el sindicato afiliado al Jikyô no sólo ocupó la fábrica sino que utilizó métodos de lucha innovadores, como la huelga de hambre y

la amplia participación de las mujeres de la comunidad circundante. Uno de los militantes del Jikyô, Chiba Hiroshi, escenificó con éxito la lucha para ganarse el apoyo de la opinión pública trepando por la chimenea de la fábrica y permaneciendo encaramado allí a 40 metros de altura durante los siguientes catorce días. Aunque el conflicto de Nihon Senjû terminó en un compromiso, esto en sí mismo fue un logro en las condiciones que prevalecían en ese momento, cuando todas las cartas estaban en contra de los trabajadores.

La muerte del movimiento anarquista de preguerra

El punto de inflexión para el movimiento anarquista de preguerra llegó en 1931, cuando se produjo el llamado Incidente de Manchuria. Bajo la influencia de la depresión económica mundial, que entró en vigor a partir de 1929, todas las potencias imperialistas empezaron a levantar barreras arancelarias más altas en los territorios que controlaban para utilizar sus posesiones coloniales como colchón contra la crisis económica. Sin embargo, en comparación con las principales potencias imperialistas,

como Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia, los territorios coloniales de Japón eran insuficientes para proporcionarle mercados adecuados o suministros suficientes de materias primas baratas. El Incidente de Manchuria fue el inicio del proceso por el que el Estado capitalista japonés intentó extender su control sobre rebanadas cada vez más grandes del territorio chino para compensar estas deficiencias. Si el proceso aquí descrito comenzó en Manchuria en 1931, iba a culminar con el ataque a Pearl Harbour en 1941 y la guerra a gran escala con EE.UU., ya que como el diario de Zenkoku Jiren resumió la situación en noviembre de 1931:

La verdadera causa de la movilización a China no es otra que la ambición de la clase capitalista y del ejército japonés de conquistar Manchuria. Japón tiene su propia doctrina Monroe. El capitalismo japonés no puede desarrollarse, ni siquiera sobrevivir, sin Manchuria. Por eso su gobierno se ha propuesto arriesgar lo que sea con tal de no perder sus muchos privilegios en China... El capital estadounidense ha entrado en China en cantidades cada vez mayores. Esto representa una enorme amenaza para la clase capitalista japonesa. En otras palabras, ahora Japón se ve obligado a oponerse al capital estadounidense en China⁴¹.

A medida que el Estado japonés avanzaba hacia una lucha a vida o muerte con sus rivales internacionales, también se

41 Jiyû Rengô Shinbun (10 de noviembre de 1931) p. 4.

mostraba cada vez más decidido a aplastar cualquier disensión en el frente interno y los anarquistas ocupaban un lugar destacado en la lista de los que debían ser eliminados. Kokuren fue prohibido en 1931 y, desde su máximo número de miembros en ese año, tanto la Zenkoku Jiren como la Jikyô vieron cómo su número empezaba a descender a medida que las tuercas de la represión se apretaban implacablemente. En 1933, la Zenkoku Jiren se había reducido a 4.400 miembros y la Jikyô a 1.100. Con la espalda contra la pared, surgieron tres estrategias para intentar sobrevivir dentro de las filas de los anarquistas. Una de ellas era que la Jiren Zenkoku y la Jikyô hundieran sus diferencias, se reunieran como una federación sindical que englobara tanto a los comunistas anarquistas como a los sindicalistas anarquistas, y emprendieran una resistencia al estilo del frente unido contra el fascismo. La reunificación llegó en enero de 1934, cuando el Jikyô se disolvió y la mayoría de sus miembros y sindicatos constituyentes volvieron a unirse a la Zenkoku Jiren. Sin embargo, este cierre de filas no detuvo la atrofia del movimiento sindical anarquista. Tanto si están organizados por separado como si están unidos, los sindicatos no son rivales para el poder que tiene el Estado una vez que éste ha decidido combatirlos. En 1935, el número de miembros de la reunificada Zenkoku Jiren, era de apenas 2.300⁴².

42 Crump (1993) pp. 160-72.

Una segunda estrategia para hacer frente a la represión del Estado fue la empleada por la Asociación de Jóvenes de Aldeas Agrícolas (Nôson Seinen Sha), que generalmente se llamaba Nôseisha para abreviar. Creada en febrero de 1931, la Nôseisha era una red de comunistas anarquistas que llevaba la descentralización hasta sus últimos límites. Nôseisha favoreció la descentralización extrema en su organización, no sólo porque esto prefiguraba el tipo de anarquismo que deseaba lograr, sino también porque creía que esto reduciría la vulnerabilidad de los anarquistas a la represión estatal. La expectativa era que, sin ningún centro reconocible al que golpear, el Estado no sabría hacia dónde dirigir sus golpes. Nôseisha criticó a los anarquistas (citó el caso de Bakunin) que consideraban suficiente sustituir el sistema de control descendente de las organizaciones autoritarias por un sistema supuestamente libertario y ascendente. Lo que se necesita, según Nôseisha, no es que la base controle la cúspide, ni la periferia controle el centro, sino una forma organizativa que prescindiera totalmente de los ápices o centros.

Otro rasgo distintivo de Nôseisha era que abogaba por una forma de «anarquismo práctico» que pudiera aplicarse inmediatamente y que se basara totalmente en las aldeas. En el texto seminal *Llamamiento a los agricultores*, que fue escrito por Miyazaki Akira, se instaba a los agricultores de sus pueblos a desvincularse de las ciudades, a negarse a pagar impuestos o a reconocer al Estado de cualquier otra forma,

y a cambiar inmediatamente a un sistema comunista de producción y consumo. Nôseisha reconocía que, al menos al principio, el resultado sería un comunismo basado en la pobreza compartida, pero su convicción era que, incluso en las primeras fases de la reconstrucción social, las ventajas de la solidaridad comunal compensarían con creces las dificultades económicas.

Incluso esta breve descripción de las ideas de Nôseisha transmite la idea de que, tanto en su teoría como en su organización, fue una consecuencia de la corriente principal del comunismo anarquista. Los miembros de Nôseisha tomaron algunos de los elementos que ya estaban presentes en la teoría y la práctica del comunismo anarquista y los desarrollaron en un enfoque distintivo de la organización y la actividad anarquista. Quizás era previsible que, dado su énfasis en la descentralización extrema, llegaran a cuestionar gradualmente la necesidad de su propia existencia organizada.

Al tomar la decisión de disolverse, sin duda les influyó el hecho de que la mayoría de sus miembros en Tôkyô fueran detenidos a principios de 1932, tras una campaña de robos para recaudar fondos. Por ello, la disolución de Nôseisha en septiembre de 1932 fue en parte un acto de autopreservación. Esto no significa que sus miembros dejaran de ser comunistas anarquistas o que cayeran en la inactividad. Simplemente, a partir de entonces, se dedicaron al trabajo local, a menudo en las aldeas pobres de los

distritos montañosos, y sólo mantuvieron contactos informales. Sin embargo, como veremos, esta estrategia de dispersión no salvó a los ex miembros de Nôseisha cuando llegó la represión del Estado⁴³.

La tercera estrategia destinada a preservar el movimiento anarquista frente a un Estado decidido a aplastarlo fue la puesta en práctica por el Partido Comunista Anarquista (Museifu Kyô santô). En muchos aspectos, esta estrategia era precisamente la opuesta a la favorecida por Nôseisha. Como su nombre indica, el Partido Comunista Anarquista fue creado en enero de 1934 por un pequeño grupo de militantes que seguían comprometidos con la realización del tipo de sociedad comunista libre y sin Estado con el que siempre se había identificado el término comunismo anarquista. Sin embargo, si los fines a los que se dirigía la lucha permanecían inalterados, los medios a emplear eran una cuestión totalmente diferente. En cuanto a los medios, los que crearon el Partido Comunista Anarquista estaban decididos a utilizar los métodos organizativos bolcheviques con fines anarquistas. El Partido se fundó como un grupo altamente secreto, cuya existencia no se proclamaba abiertamente y cuya membresía estaba restringida a una élite cuidadosamente seleccionada. Una de las tácticas más utilizadas por el Partido Comunista Anarquista era la de colocar a sus miembros en puestos clave de organizaciones más grandes, que podían ser manipuladas desde dentro. Por

43 *Ibíd.*, pp. 172-80.

ejemplo, aplicando estas tácticas, el Partido se apoderó en gran medida del *Periódico de la Federación Libertaria*, que había servido como revista de Zenkoku Jiren desde su lanzamiento en septiembre de 1928. De hecho, miembros del Partido Comunista Anarquista como Aizawa Hisao, que era uno de los editores del *Periódico de la Federación Libertaria*, desempeñaron un importante papel entre bastidores para lograr la reunificación de la Zenkoku Jiren y la Jikyô, ya que esto coincidió con la promoción del Partido de un frente unido.

Para los anarquistas, habrá pocas sorpresas sobre a dónde llevó este coqueteo con los métodos bolcheviques. El ambiente dentro del Partido Comunista Anarquista pronto se impregnó de la paranoia habitual en las organizaciones de vanguardia. El miedo a la traición y a la venta estuvo a la orden del día y culminó con un miembro del Partido, llamado Futami Toshio, que disparó a otro, conocido como Shibahara Junzô, debido a las sospechas de que este último era un espía de la policía. Tras el asesinato de Shibahara, en octubre de 1935, se produjo un frustrado robo a mano armada al mes siguiente, en el que Futami, Aizawa y otro miembro del Partido intentaron apoderarse de dinero de un banco. Tanto el asesinato como el intento de atraco pusieron a la policía tras la pista de los activistas del Partido y, una vez que Aizawa

fue detenido y torturado, se revelaron detalles de la organización del Partido Comunista Anarquista⁴⁴.

Una vez más, fue un regalo del cielo para un Estado que pretendía estrangular el movimiento anarquista por completo. La policía extendió su red al máximo y unos 400 anarquistas fueron detenidos en los últimos meses de 1935. A medida que el nivel de represión aumentaba, la Zenkoku Jiren se vio obligada a dejar de existir a principios de 1936 y ese bastión anarquista, el Sindicato de Trabajadores de la Prensa de Tôkyô, quedó paralizado cuando se detuvo a casi un centenar de sus miembros. La destrucción de las filas anarquistas no se detuvo ahí. A medida que se interroga a más y más personas, la policía va elaborando una imagen cada vez más precisa de la red de Nôseisha, ya disuelta. A pesar de que Nôseisha había cesado su actividad coordinada hacía más de tres años, en septiembre de 1932, en mayo de 1936 se desencadenó otra oleada de detenciones, dirigida a sus ex miembros y a otros. Esta vez fueron detenidos otros 300 anarquistas.

Como en el caso de Kôtoku y sus compañeros una generación antes, sólo una pequeña proporción de los arrestados fueron finalmente llevados a juicio. En esta ocasión, sólo el asesino de Shibahara, Futami Toshio, fue condenado a muerte y, como se vio, incluso su sentencia fue conmutada por veinte años de prisión. Otros miembros

44 *Ibíd.*, pp. 180-6.

destacados del Partido Comunista Anarquista y de Nôseisha recibieron sentencias más cortas que Futami. Por ejemplo, Aizawa Hisao, el principal organizador del Partido Comunista Anarquista, fue condenado a seis años de prisión, mientras que Miyazaki Akira, el autor de *Apelación a los Agricultores*, y otros juzgados como «líderes» de Nôseisha recibieron penas de hasta tres años. Aunque los castigos individuales fueron menos draconianos que en la época de Kôtoku, la presión ejercida sobre el movimiento anarquista en general fue incluso peor que durante el «periodo de invierno». A partir de 1936, la actividad organizada se hizo literalmente imposible. Esto no significa que los anarquistas desaparecieran de Japón después de esa fecha. Evidentemente, siguieron estando presentes en la sociedad japonesa durante los años de la guerra, pero ya no había forma de que pudieran dar expresión organizada a su existencia. Para cada anarquista, la supervivencia se convirtió en la principal prioridad y la mayoría no tuvo otra alternativa que mantener un perfil bajo, mantener sus pensamientos para sí mismos y esperar...

La guerra a gran escala con China a partir de 1937 se fusionó con la guerra con EE.UU. y sus aliados después de 1941 y, finalmente, condujo al bombardeo de Tôkyô y otras ciudades importantes en 1945, por no mencionar los horrores finales de Hiroshima y Nagasaki. Más de tres millones de japoneses murieron durante estos años de matanza y no hace falta mencionar que las bombas y las

balas no hicieron distinción entre los militaristas rabiosos y los que se oponían a la guerra, como los anarquistas. No pocos anarquistas desaparecieron sin dejar rastro, víctimas del bombardeo o de algún otro desastre provocado por la guerra. Aunque el Estado japonés se vio finalmente obligado a rendirse en agosto de 1945, su maquinaria de represión permaneció intacta hasta el final. Como resultado, cuando la guerra llegó a su fin, los anarquistas tuvieron que intentar reconstruir su movimiento desde cero.

Capítulo 3

DE 1945 A LA ACTUALIDAD

En los años de la posguerra, el anarquismo ha existido en Japón en una escala mucho más reducida en comparación con períodos anteriores. Esto puede explicarse por los grandes cambios que han afectado al Japón de la posguerra y que han privado al anarquismo del importante apoyo que antes atraía de los arrendatarios y los trabajadores sindicalizados. Sin embargo, el anarquismo ha sobrevivido, a pesar de las condiciones a menudo difíciles a las que se ha enfrentado en los últimos cincuenta años, y puede ser que los últimos acontecimientos estén produciendo ahora un conjunto de circunstancias más prometedoras para que los anarquistas trabajen.

Entre 1945 y 1952 Japón estuvo ocupado por una fuerza militar nominalmente «aliada», pero en realidad estadounidense. Una de las medidas más importantes que el Cuartel General de la Ocupación impulsó fue una amplia reforma agraria, que abolió las antiguas divisiones entre propietarios y arrendatarios, y creó en su lugar una nueva clase de pequeños agricultores propietarios. Estos agricultores se convirtieron entonces en un bastión del conservadurismo político, utilizando sus votos principalmente para apoyar al corrupto Partido Liberal Democrático (Jiyû Minshutô), que formó continuamente el gobierno durante 38 largos años desde 1955 hasta 1993. A cambio de los votos de los agricultores, el Partido Liberal Democrático mantenía los precios de los productos agrícolas altos tras las barreras comerciales que excluían los productos rivales del extranjero. De este modo, el precio del arroz japonés, por ejemplo, se ha mantenido artificialmente a un nivel al menos seis veces superior al del mercado mundial en general.

En cuanto al movimiento sindical, el Cuartel General de la Ocupación primero fomentó la formación de sindicatos, ya que la derecha no reconstruida era vista inicialmente como la mayor amenaza para los intereses estadounidenses, y luego se puso en contra de los sindicatos (y llegó a un acuerdo con la derecha rehabilitada) con el inicio de la Guerra Fría. Uno de los ejemplos más claros de esta inversión de la política estadounidense fue que las denominadas

normas de «purga», que el Cuartel General de la Ocupación utilizó en un primer momento para apartar a los derechistas de los cargos públicos, se reorientaron posteriormente contra la izquierda hacia 1950 en lo que se conoció como la «purga roja». Este vaivén de la política estadounidense condujo a una situación en la que la sociedad japonesa estaba políticamente polarizada entre la derecha y la izquierda, con los anarquistas como objetivo desde ambos lados. Por un lado, incluso en las condiciones de la tan cacareada «democracia», los anarquistas fueron discriminados a causa de la política de «anticomunismo» que perseguían tanto las autoridades de ocupación estadounidenses como el gobierno japonés. Por ejemplo, no pocos anarquistas fueron víctimas de la «purga roja»⁴⁵. El hecho de que ni los estados norteamericanos ni los japoneses tuvieran la menor idea de lo que constituía el comunismo no hizo que su «anticomunismo» fuera menos represivo. Por otra parte, en los sindicatos y en otros lugares, los anarquistas fueron frecuentemente obstruidos y casi silenciados por el control ejercido por los funcionarios de tendencia izquierdista, que a menudo utilizaban la confrontación con el Estado y la mentalidad de asedio que inducía como excusa para expulsar a los críticos. No es que los anarquistas desaparecieran por completo de los sindicatos, sino que prácticamente desaparecieron las posibilidades de actuar abiertamente como anarquistas.

45 Hagiwara (1969) pp. 192, 226.

El mayor problema de todos para los anarquistas ha sido el estado de ánimo que ha prevalecido entre la mayoría de los trabajadores y trabajadoras. En los años que siguieron a la derrota, el paro masivo y la miseria estaban a la orden del día y predominaba la «política del hambre». Los políticos ambiciosos hicieron promesas ilusorias de platos de arroz llenos en las narices de los electores cuya credulidad era proporcional a sus privaciones. Luego, con el estallido de la Guerra de Corea (1950-3), las circunstancias económicas de Japón mejoraron drásticamente. La guerra fue un buen negocio para la industria japonesa, que empezó a trabajar a toda máquina para abastecer a la maquinaria bélica estadounidense en la adyacente Corea (y más tarde en Vietnam). Además, tras la toma de poder del Partido Comunista en China en 1949, Estados Unidos necesitaba un escaparate en Asia Oriental para demostrar la superioridad del «capitalismo» sobre el «comunismo». Japón fue elegido para desempeñar este papel y, tal era la importancia estratégica de Japón para Estados Unidos, que este país soportó sin demasiadas quejas las prácticas comerciales discriminatorias de Japón mientras duró la Guerra Fría. En el contexto de este intercambio entre estados capitalistas en alianza (aunque temporal), en el que Japón servía a los intereses estratégicos de EEUU y obtenía ventajas económicas a cambio, el capitalismo japonés disfrutó de condiciones de bonanza durante muchos años. Preocupados por la polarización izquierda-derecha de la política japonesa en los primeros años de la posguerra, a partir de la década

de 1960 los dirigentes japoneses siguieron una política consciente de despolitización de la población asegurándose de que las migajas del festín del capitalismo cayeran en los platos, hasta entonces casi vacíos, de la mano de obra en las fábricas y oficinas. El consumismo craso fue promovido como una nueva religión y, mientras hubiera restos y sobras del festín, tuvo el efecto deseado. Sin embargo, dada la pobreza cualitativa de la vida de la gente, siempre ha rondado por el capitalismo japonés el fantasma de qué pasaría si la fiesta llegara a su fin.

Obviamente, este esbozo de la historia de la posguerra de Japón está escrito con el beneficio de la retrospectiva. Nada de esto fue perceptible para los anarquistas cuando intentaron, a partir de 1945, reconstruir su movimiento. La Federación Anarquista de Japón (Nihon Anakisuto Renmei) se formó en medio de un gran entusiasmo en mayo de 1946 y se tuvo cuidado en esa etapa para no permitir que el viejo antagonismo entre los comunistas anarquistas y los sindicalistas anarquistas resurgiera y pusiera en peligro la eficacia de la nueva organización. Los hombres y mujeres de más edad que habían pertenecido a una u otra rama del movimiento anarquista cooperaban ahora con facilidad y se les unían compañeros más jóvenes para los que las divisiones de antes de la guerra significaban poco. Durante un tiempo, todo parecía posible. El odiado estado militarista estaba destrozado, las fuerzas policiales que sobrevivían carecían de confianza y no estaban seguras de sí mismas en

el nuevo clima «democrático», y supervisando todo había una fuerza de Ocupación aparentemente benigna que inicialmente alentaba todas las expresiones de oposición al antiguo régimen. La Federación Anarquista lanzó su revista en junio de 1946 y enfatizó sus vínculos con las luchas del pasado resucitando la antigua cabecera de Kôtoku, el *Periódico de la Gente Común* (Heimin Shinbun). Se dedicó un enorme esfuerzo a la distribución del periódico en todo el país, y se utilizaron novedosos métodos de venta (como los anarquistas que viajaban de un lado a otro de la red ferroviaria para venderlo en los trenes de larga distancia) para impulsar las ventas. Sin embargo, el hecho de que se tuvieran que emplear tales métodos ilustraba hasta qué punto el anarquismo había perdido lo que hasta entonces parecía ser su «electorado natural» en las granjas y en las fábricas.

A medida que aumentaba la frustración por la falta de avances logrados (resultado de los obstáculos esbozados en los párrafos anteriores), empezaron a resurgir las viejas tensiones entre anarquistas de diferentes convicciones. En mayo de 1950, la Federación Anarquista celebró su quinta conferencia en Kyôto y ésta resultó ser la ocasión en la que el antagonismo entre los sindicalistas anarquistas y los comunistas anarquistas volvió a estallar. Ese mismo mes se formó un grupo anarcosindicalista distinto (Anaruko Sanjikaarisuto Gurûpu). En octubre de 1950 la Federación Anarquista se había dividido y, en efecto, había dejado de

funcionar. Es cierto que la Federación Anarquista se reconstituyó en junio de 1951, pero la organización que continuó con este nombre estaba compuesta en gran parte por simpatizantes del sindicalismo. Ese mismo mes, los comunistas anarquistas crearon el Club Anarquista de Japón (Nihon Anakisuto Kurabu), con lo que el movimiento anarquista japonés volvió a estar dividido como lo estuvo entre 1928 y 1934⁴⁶. En gran medida, se trataba de una reedición de la historia anterior e incluso algunas de las principales figuras implicadas eran las mismas. Puede que Hatta Shûzô muriera en 1934, pero Iwasa Sakutarô seguía siendo la personalidad clave en el bando comunista anarquista, mientras que Ishikawa Sanshirô volvió a apoyar a los sindicalistas anarquistas.

La Federación Anarquista cojeó hasta 1968, pero reconoció lo inevitable en noviembre de ese año, cuando decidió «disolverse creativamente»⁴⁷. Aunque durante muchos años después no hubo una red federada que cubriera todo el país y que se reivindicara como Federación Anarquista, 1968 no marcó en absoluto el final del anarquismo en Japón. De hecho, el Club Anarquista sobrevivió durante mucho tiempo a su rival anarcosindicalista y siguió publicando la revista *Movimiento Anarquista* (Museifushugi Undô) hasta marzo de 1980. Además de este organismo, compuesto principalmente por antiguos comunistas anarquistas de la

46 *Ibidem*, pp. 227-8; Grupo Libertaine (1979) p. 27.

47 Hagiwara (1969) p. 228.

época de la preguerra, han existido otros numerosos grupos y publicaciones anarquistas en cualquier momento. Aunque muchos han sobrevivido sólo unos años, o incluso unos meses, han sido continuamente sustituidos por otros. En otras palabras, la actividad editorial y propagandística anarquista ha continuado sin cesar, aunque a escala limitada, y periódicamente han surgido casos aislados de acción directa.

En octubre de 1988 se formó una nueva Federación Anarquista que ha seguido publicando su revista Libre Albedrío (Jiyû Ishi) hasta la actualidad. Aunque esta nueva Federación Anarquista cuenta con una red de contactos a nivel nacional, la escala de su apoyo es mucho menor que la de su homónima de los años 40, por no hablar de las federaciones de antes de la guerra, como Kokuren o Zenkoku Jiren. El sindicalismo anarquista está representado por el pequeño grupo llamado Movimiento de Solidaridad Obrera (Rôdôsha Rentai Undô), que existe en su forma actual desde 1983. El Movimiento de Solidaridad Obrera está afiliado a la AIT (la Internacional Sindicalista) y desde 1989 publica la revista *Comunismo Libertario* (Zettai Jiyû Kyôsanshugi). En cuanto al comunismo anarquista, su manifestación más visible hoy en día es la pequeña pero activa editorial llamada Black Battlefront Company (Kokushoku Sensen Sha), que se agrupa en torno al antiguo militante Ôshima Eizaburô. Entre las publicaciones recientes de Black Battlefront, el multivolumen *Materials on the Nôseisha Incident* (Nôson

Seinen Sha Jiken Shiryô, 1991 en adelante) refleja la creencia de muchos anarquistas de la posguerra de que hay importantes lecciones que aprender del estudio de las teorías y la práctica de generaciones anteriores de anarquistas.

Un punto que se ha planteado a menudo con respecto al anarquismo de posguerra es que, aunque el movimiento autodeclarado anarquista es más pequeño que antes, la organización y la actividad inconscientemente «anarquistas» han sido notables entre varios grupos comprometidos con la lucha. Este argumento se escuchó con frecuencia en el apogeo del movimiento estudiantil durante las décadas de 1960 y 1970, y más recientemente se han hecho afirmaciones similares con respecto a los «movimientos ciudadanos» (campañas de base, generalmente dirigidas a un solo tema)⁴⁸. Los que han utilizado este tipo de argumento han señalado principalmente los métodos descentralizados de organización favorecidos por los grupos en cuestión y su énfasis en la autonomía y (a veces) la espontaneidad. Sin embargo, aunque estos atributos puedan tener algo de «anarquista», sin duda hay que insistir en que por sí mismos no llegan a ser anarquistas. Aunque los grupos de estudiantes se oponían al Estado existente, pocos dudaban de la necesidad de un Estado político de algún tipo. En cuanto a los movimientos ciudadanos, la mayoría se centran en un único problema, que tratan de resolver al

48 Tsuzuki (1971) pp. 105-6; Mihara (1993) pp. 135-7.

margen de las «grandes cuestiones», como la naturaleza del Estado, porque consideran (probablemente con razón) que estas cuestiones más amplias les dividirían políticamente y, por tanto, socavarían sus campañas. A la luz de esto, referirse a los grupos de estudiantes o a los movimientos ciudadanos como «anarquistas» sería estirar el significado del término mucho más allá de lo empleado en este estudio.

Lo notable de la coyuntura actual es que muchos de los factores que han actuado en combinación para frustrar el anarquismo durante los años de la posguerra están siendo socavados. Como se mencionó anteriormente, desde 1955 la política en Japón se estableció en un molde de dominación perpetua del Partido Liberal Democrático. El segundo partido político más importante, el socialdemócrata Partido Socialista de Japón (Nihon Shakaitô), estaba permanentemente excluido del poder y, por tanto, podía dedicarse a la política de las posturas morales desde la elevada lejanía de la oposición. Durante 38 años, estos dos partidos fueron, de hecho, las piedras angulares del moribundo sistema político. El Partido Liberal Democrático utilizaba su posición en el gobierno para distribuir el botín que mantenía el statu quo, mientras que el Partido Socialista de Japón, más santo que tú, adoptaba posturas en favor de aquellos que no se beneficiaban de la generosidad o que la consideraban moralmente inaceptable. El sistema se resquebrajó cuando el Partido Liberal Democrático no consiguió su habitual mayoría en las elecciones generales de

1993. Entonces, en 1994, el Partido Liberal Democrático vio su oportunidad de volver a entrar en el gobierno, siempre que estuviera dispuesto a hacer causa común con su supuesto archienemigo, el Partido Socialista de Japón. Sin siquiera ruborizarse, ambos partidos se apresuraron a abrazarse, de modo que en el momento de escribir estas líneas hay un gobierno presidido por el líder del Partido Socialista de Japón con una mayoría de ministros del gabinete procedentes del Partido Liberal Democrático. No hace falta decir que, en su entusiasmo por conseguir el poder, el primer ministro Murayama no ha encontrado ninguna dificultad en abrazar todas aquellas políticas capitalistas que supuestamente eran inaceptables mientras el Partido Socialista de Japón estaba en la oposición. Todo este sórdido asunto ha sido una lección sobre el oportunismo de los políticos y el sinsentido del boxeo parlamentario en la sombra. Por eso no es de extrañar que el cinismo y la desilusión sean ahora las actitudes políticas predominantes entre la mayoría de los trabajadores y trabajadoras.

Asociados a estos tejemanejes políticos han estado los cambios en la suerte económica de Japón. La economía está atravesando actualmente la más larga y profunda recesión económica desde la guerra. Las migajas del festín capitalista escasean, hasta el punto de que en 1993 se produjo el primer descenso de los salarios medios desde 1950. Presionado por los estados capitalistas rivales (sobre todo,

EEUU), Japón se está viendo obligado a abrir sus mercados agrícolas, lo que a su vez está provocando la desafección política de los agricultores.

Dada la posición de Japón como una de las fuerzas económicas más poderosas dentro del capitalismo mundial, su importancia como eje del actual sistema internacional apenas puede exagerarse. Por eso no es en absoluto insignificante, incluso para los que vivimos al otro lado del mundo, que las oportunidades para difundir las ideas antiestatales y anticapitalistas en Japón sean mejores ahora de lo que han sido durante muchos años. Si los anarquistas japoneses pueden estar a la altura del desafío es algo que nos concierne a todos.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

- Akaba, Hajime, «Nômin no Fukuin» [El evangelio de los agricultores] en Meiji Bunka Shiryô Sôsho vol. 5 (Tôkyô: Kazama, 1960).
- Anarkowic, Stefan, *Against the God Emperor: the Anarchist Treason Trials in Japan* (Londres: Kate Sharpley, 1994).
- Beckmann, George y Ôkubo, Genji, *The Japanese Communist Party 1922-1945* (Stanford: University Press, 1969).
- Borton, Hugh, *Japan's Modern Century* (Nueva York: Ronald, 1970).
- Crump, John, *The Origins of Socialist Thought in Japan* (Beckenham: Croom Helm, 1983).
- Crump, John, *Hatta Shûzô and Pure Anarchism in Interwar Japan* (Basingstoke: Macmillan, 1993).
- Hagiwara, Shintarô, *Nihon Anakizumu Rôdô Undô Shi* [Historia del movimiento obrero anarquista japonés] (Tôkyô: Gendai Shichô, 1969).

Hatta, Shûzô, Zenshû Museifukyôsanshugi [Obras completas: el comunismo anarquista] (Tôkyô: Kokushoku Sensen, 1981).

Hatta, Shûzô, Zenshû Museifukyôsanshugi [Obras completas: Comunismo anarquista] (Tôkyô: Kokushoku Sensen, 1983).

Hikari [Luz] (Tôkyô: Meiji Bunken Shiryô Kankô Kai, 1960).

Jiyû Rengô/Jiyû Rengô Shinbun [Federación Libertaria/Periódico de la Federación Libertaria] (Tôkyô: Kaien, 1975).

Kokushoku Seinen [Juventud Negra] (Isezaki: Kokushoku Sensen, 1975).

Kropotkin, Peter, La conquista del pan (Nueva York: University Press, 1972).

Grupo Libertaire, Breve historia del movimiento anarquista en Japón (Tôkyô: Idea, 1979).

Mihara, Yôko, «On the Present Situation of Anarchism in Japan», Anarchist Studies I (1993).

Nikkan Heimin Shinbun [Diario de la gente común] (Tôkyô: Meiji Bunken Shiryô Kankô Kai, 1960-3).

Notehelfer, F, Kôtoku Shûsui: Portrait of a Japanese Radical (Cambridge: University Press, 1971).

Rôdô Undô [Movimiento obrero] (Isezaki: Kokushoku Sensen, 1973).

Shakai Shinbun [Noticias sociales] (Tôkyô: Meiji Bunken Shiryô Kankô Kai, 1960-3).

Shakaishugi Kenkyû [Estudios Socialistas] (Tôkyô: 1920 en adelante).

Shiota, Shôbee (ed), Kôtoku Shûsui no Nikki to Shokan [Los diarios y cartas de Kôtoku Shûsui] (Tôkyô: Mirai, 1965).

Stanley, Thomas, Ôsugi Sakae: Anarchist in Taishô Japan (Cambridge, Mass: Harvard, 1982).

Suzuki, Mosaburô, Zaibei Shakaishugisha Museifushugisha Enkaku [Historia de los socialistas y anarquistas residentes en América] (Tôkyô: Shakai Bunko, 1964).

Tsuzuki, Chûshichi, «Anarchism in Japan» en D Apter & J Joll, Anarchism Today (Basingstoke:

<https://theanarchistlibrary.org/library/john-crump-the-anarchist-movement-in-japan-1906-1996>